

CRISTIANDAD

Año XX - Núm. 383

BARCELONA

ENERO 1963

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

- EDITORIAL
MARIOLOGÍA Y ECUMENISMO
Luigi Ciappi
- EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO
- EL P. RAMIÈRE Y
«LAS ESPERANZAS DE LA IGLESIA»
Francisco Segura, S. I.
- EL PAPA Y LOS OBSERVADORES
DELEGADOS AL CONCILIO
- SANTA TERESA DE JESÚS
Y LOS HERMANOS SEPARADOS
Rafael Molina Gervilla
- VISION CRISTIANA
DE LOS DESEQUILIBRIOS
ECONÓMICO-SOCIALES
II. El hecho de los desequilibrios
Fraximus Excelsior
- BALANCE EUROPEO DE FIN DE AÑO
Fernando Serrano Misas
- DIVERGENCIAS COMUNISTAS
A LA LUZ DEL CONFLICTO
CHINO-INDIO
Jesús Sáinz Mazpule
- LAS DONACIONES DE CRISTO
(Glosa a la Haurietis aquas)
Roberto Cayuela, S. I.
- EL «COMPLEJO CONSTANTINIANO»
F. S., S. I.

MARIA Y LA UNIDAD CRISTIANA

Un extraño contraste se ha manifestado en los meses transcurridos desde que se anunció la primera sesión del Concilio Vaticano II. Un silencio compacto y tangible, consistente y exigente, en torno a los temas marianos, en el que han convenido por lo general los instrumentos de información y publicidad, ha acompañado a una asamblea inaugurada en la fecha aniversaria de la definición de la Maternidad divina, provisionalmente suspendida en la festividad de la Inmaculada Concepción, y convocada de nuevo para la próxima fiesta de la Natividad de María, una asamblea colocada bajo el patrocinio de San José, y precedida por la visita pontificia al santuario de Loreto, donde Juan XXIII invocó como a Reina de los Apóstoles, a la que es Madre de Dios y de los hombres y Medianera de la Gracia.

Sería ingenuo e insincero preguntar sobre el por qué de aquel silencio: es claro que responde al predominio de un ambiente «inoportunista» respecto a los temas mariológicos. «Si se habla de María, todo está perdido», se ha llegado a decir. Aquello por cuya pérdida se teme es obviamente el fruto del acercamiento con los cristianos separados: las razones «pastorales» de la tesis inoportunista son ahora — ya fue así en el pasado siglo con respecto a la definición de la infalibilidad pontificia — razones «ecuménicas».

En estas circunstancias ¿tiene sentido esperar que el Vaticano II propondrá al pueblo cristiano alguna definición o declaración doctrinal en honor de la Madre del Dios-Hombre, que confirme e ilumine la creencia en su maternidad de gracia sobre el Cristo total, en su misión de Corredentora y Medianera universal?

En un artículo publicado recientemente en *L'Osservatore Romano* — cuyo texto íntegro ofrecemos a continuación — Luigi Ciappi, al plantear decididamente esta cuestión, subraya el aspecto más dramático del contraste a que aludíamos.

«Los esquemas que están en programa hacen esperar una respuesta afirmativa», mientras «el espíritu que quizá ha sobrevolado en el seno de la augusta asamblea en los dos meses que ha estado reunida, puede hacer temer una oleada de intervenciones menos favorables a declaraciones de carácter mariológico».

Por nuestra parte nos sentimos instalados en una ferviente y absoluta convicción, que queremos, modesta pero firmemente, dejar aquí asentada: un «discernimiento de espíritus» apoyado en la totalidad de la tradición doctrinal y espiritual católica y en el sentir del pueblo fiel, rechazará siempre como infundado e inconsistente el temor y aún la sospecha de que la gloria de María pueda ser dañosa para las almas y perjudicial para la causa de la unidad querida por Cristo.

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Tlf. 221 27 75

ADM'NISTRACIÓN:
Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Por esto nos alegra, como al autor del artículo citado, que «en este clima conciliar entreverado de grandes esperanzas y de no disimuladas aprensiones» la Pontificia Academia Mariana Internacional venga a recordar, con su publicación *De Mariologia et oecumenismo*, aquel gran principio que formuló León XIII según el cual

«el más grande auxilio para la unidad cristiana nos ha sido
ofrecido por Dios en María»

La oportuna iniciativa del insigne teólogo y apóstol mariano que preside la Academia Pontificia, y el significativo gesto de dedicar a los Padres Conciliares el mencionado volumen, bien podrían ser punto de partida de un movimiento, al que con toda seguridad no faltaría la multitudinaria, fervorosa y alegre adhesión del pueblo cristiano.

De este pueblo que, según se expresó en el Vaticano I por parte los propugnadores de la infalibilidad, «tiene derecho a ser enseñado... en la verdad católica».

Que tal movimiento pudiese preparar el ambiente propicio para la manifestación de la gloria Maternal y misericordiosa de María, es lo que finalmente se nos sugiere en el aludido artículo, al escribir que: «es legítimo esperar que el Vaticano II, animado por el Espíritu Santo que no extingue sino que inflama el fuego de la verdad y del amor, derramará nuevas luces sobre problemas que interesan a la vez a la mariología y al ecumenismo. Entonces, gracias a las definiciones o declaraciones conciliares, se verá con luz más clara que la doctrina católica sobre María tiene bases muy sólidas en la Sagrada Escritura, en la antigua tradición..., en el sentir de los fieles, en la enseñanza luminosa y concorde del Magisterio de la Iglesia».

MARIOLOGIA Y ECUMENISMO

El Concilio Ecuménico Vaticano II, abierto solemnemente en el día dedicado a la Maternidad divina de María, ha terminado la primera serie de las Congregaciones Generales en la fiesta de la Inmaculada Concepción; y reemprenderá su ritmo normal el día 8 de septiembre del próximo año, consagrado a la Natividad de la Virgen María.

Este envolverse de luz mariana no quiere significar para la asamblea de los Padres conciliares, un simple elemento decorativo o devocional. La S. Jerarquía, más que de ordinario, siente en el Concilio Ecuménico la alta responsabilidad de mostrarse "Mater et Magistra" no tan sólo de los fieles, sino de todas las gentes. Siente pues surgir en sí misma el más vivo deseo de inspirarse en el ejemplo y confiarse a la protección de la que es Madre amantísima de todos los cristianos y de todo el género humano, y a la que saludan sus devotos como Sedes Sapientiae, Regina Apostolorum.

Interpretando con filial afecto y suprema autoridad estos nobles sentimientos, el Santo Padre Juan XXIII ha puesto en manos de la Madre de la Iglesia y de toda la humanidad la suerte del Concilio, por él querido con innegable inspiración de lo alto.

Presente en el Vaticano II con su invisible, pero om-

nipotente intercesión, María ¿figurará también en la consideración de los Padres como argumento de sus trabajos? Los esquemas programados hacen esperar una respuesta afirmativa, aunque el espíritu que tal vez ha sobrevolado en el seno de la augusta asamblea durante los dos meses de reuniones, puede hacer temer una oleada de intervenciones poco favorables a declaraciones de carácter mariológico.

Pero ¿por qué, se preguntará el fiel sencillo, el nombre de María que resonó con acentos de consuelo celestial en los labios del Arcángel anunciador de la Encarnación del Verbo, y que después fue repetido por los Apóstoles con veneración y confianza filial en el Cenáculo, puede en cambio suscitar discrepancias en el aula conciliar?

¿Se teme tal vez que una solemne profesión de fe que abarque no tan sólo los dogmas marianos ya definidos, como la Maternidad divina, la Virginitad, la Inmaculada Concepción, la Asunción, sino también otras verdades marianas que se hallan enraizadas en la Sagrada Escritura y en la Tradición, y de las cuales dan testimonio la Liturgia, los Padres, los teólogos, el sentir de los fieles, y que son proclamadas por el magisterio de la Iglesia, podrían obstaculizar y no más bien facilitar y acelerar

la reconciliación entre los hijos de una misma familia cristiana.

En este clima conciliar, entreverado de grandes esperanzas y no disimuladas aprensiones, llega, más oportuno que nunca, el volumen *De Mariologia et Oecumenismo*, editado por la Pontificia Academia Mariana Internacional (Roma, Vía Merulana 124, 1962, pp. XI-593), debido a la iniciativa genial e infatigable de su Presidente, el Padre C. Balic O.F.M.

Con osadía e inspiración apoyadas en las conocidas palabras de León XIII, que en la encíclica *Adiutricem populi* (5 septiembre 1895) afirmaba: "Permagnum unitatis christianae praesidium divinitus oblatum est in Maria", ilustres teólogos y exegetas han colaborado en este volumen: "quod de Maria unitatis sedula faultrice disserit", dedicándolo a los Padres conciliares, con la confianza de que por la intercesión de una Madre y Patrona tan potente, el suspirado puerto de la unidad cristiana finalmente será alcanzado.

Pero la verdadera, sólida y perfecta unidad en el seno de la familia de los creyentes en Jesucristo no podrá realizarse arrinconando la persona y la acción de María, como si fuera un obstáculo a un bien tan grande, o un insuperable signo de contradicción. Por el contrario, la unidad deberá ser el fruto maduro de una concorde profesión de fe en el punto central que, en unión y dependencia de su Hijo, la Virgen ocupa en la economía de la redención, que, fundándose en el misterio de la Encarnación del Verbo, se ha ido desenvolviendo hasta su consumación a través de los misterios de la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, a los que su Madre estuvo íntimamente asociada.

Esta es la idea dominante de la notable obra, ilustrada y profundizada bajo los diversos aspectos, especulativo e histórico, por los autores de sus numerosos estudios, de tal modo que el lector de la misma adquiere un fundado convencimiento de que el movimiento mariológico y el movimiento ecuménico deberán finalmente encontrarse y fundirse entre sí, si la fe y la ciencia quieren adaptarse dignamente a los datos de la revelación divina y a los resultados de un estudio sereno e íntegro, ya sea de los Padres, de la teología y del magisterio de la Iglesia, ya de los escritores de otras confesiones.

Vaya pues nuestro aplauso cordial a este equipo de valientes escritores, que con su saber y su ferviente amor a María preparan el camino hacia el triunfo de una causa nobilísima. Son los Rvdmos. Mons. Phillips, Feuillet, Garofalo, Spadafora, William, Kolping, Stakemaier, Brandenburg. Los Rvdmos. PP. Miguéns, O.F.M.; Kerrigan, O.F.M.; Roschini, O.S.M.; Ortiz de Urbina, S.J.; Fernández, C.M.F.; García Garcés, C.M.F.; Barauna, O.F.M.; Schultze, S.J.

Dignos de especialísima atención, con miras a la valoración exacta de las relaciones entre la Mariología y el Ecumenismo, son el *Praefatio* y la *Conclusio* del volumen, debidos ambos al benemérito Presidente de la Academia Mariana, P. C. Balic. En el Prefacio se pone de relieve el influjo ejercido por el movimiento mario-

lógico en el desarrollo de los movimientos religiosos modernos dentro de la Iglesia Católica: bíblico, eucarístico, misional, ecuménico y apostolado seglar. El motivo de tan beneficiosa eficacia lo constituye el objeto mismo de la Mariología: la Madre de Dios Redentor que concentra en sí todo el misterio de la economía redentora.

En el mismo Prefacio, después de ofrecer la obra como homenaje devoto a los Padres del Concilio, los Hijos de San Francisco y los miembros de la Academia, formulan la promesa de dedicarse a un estudio idóneo, y sobre todo a la oración, para obtener de los hermanos separados su reconciliación con la Iglesia Católica, siempre dentro del respeto íntegro y firme de la doctrina tradicional, sin reticencias, alteraciones u obscurecimientos, tal como lo piden las exigencias mismas de la caridad.

Verdad y caridad pues se presentan como inseparables factores de la unidad entre los cristianos, bajo la acción del Espíritu Santo invocado a través del patrocinio de María, Madre del único cuerpo místico de Jesucristo: la Iglesia Católica.

De un profundo amor a la verdad histórica y teológica han brotado las sabias reflexiones que el P. Balic expresa en la *Conclusio*. Invita sobre todo a constatar que entre el movimiento mariano surgido después de la encíclica *Ineffabilis Deus* de Pío IX, y el movimiento ecuménico promovido por León XIII y reanimado hoy día con vigor magnánimo por Juan XXIII, ha existido no sólo un nexo cronológico, sino también un nexo causal y lógico.

No se puede negar, observa además el P. Balic, que la asistencia del Espíritu Santo no se ciñe únicamente a la infalibilidad de la definición de la Inmaculada Concepción, sino también a su oportunidad, para que haya influido benéficamente sobre el movimiento ecuménico de los hermanos separados, suscitando entre ellos un incremento de los estudios mariológicos.

Además se impone una valoración de los acontecimientos religiosos que tenga en cuenta no sólo los factores naturales sino también y de modo especial los sobrenaturales. Juzgando con criterio de fe, deberá admitirse que en el sorprendente movimiento ecuménico que agita los grupos de los hermanos separados se manifiesta la acción de Aquélla que, según San Agustín: "Charitate sua cooperata est ut fideles in Ecclesia nascerentur". Cooperó con su caridad a que nacieran los fieles en la Iglesia.

Apoyándonos en estas confortadoras consideraciones, es legítimo esperar que el Vaticano II, animado por el soplo del Espíritu Santo, que no extingue sino que inflama el fuego de la verdad y del amor, lanzará nuevos haces de luz de lo alto sobre los problemas que interesan a un tiempo a la Mariología y al Ecumenismo.

Entonces, gracias a las definiciones o declaraciones conciliares, se verá bajo más clara luz que la doctrina católica en torno a los singulares privilegios de María, a su cooperación en la obra de la redención, y al culto especial que a Ella se le debe, tiene bases y testimonios

solidísimos en la Sagrada Escritura, en la Tradición antigua, en las meditaciones de los Padres y de los teólogos, en el sentir de los fieles, en la enseñanza luminosa y concorde del Magisterio de la Iglesia, de tal modo que resultará evidente que el progreso realizado en la Mariología no ha sido propiamente ontológico sino gno-seológico.

Se podrá esperar también que el Concilio subraye más vivamente, sobre todo en beneficio de los hermanos separados los vínculos de asociación y al mismo tiempo de subordinación y total dependencia que existen entre el divino Redentor y su Madre, la semblanza analógica que a un tiempo la aproxima y la mantiene a infinita distancia, así como la relación que une a María y la Iglesia de la que es a un tiempo miembro escogidísimo y también Madre y modelo.

De este modo la doctrina respecto a la figura y a la misión de la Virgen aparecerá orgánicamente inserta en el conjunto de la teología católica del mismo modo que en la realidad la Virgen fue parte viva y operante en todo el drama de la Encarnación redentora.

Contemplada así, a la luz de la revelación bíblica y de la doctrina tradicional, según la cual no sólo es posible sino muy conveniente y necesaria la colaboración de la criatura humana a la acción de la gracia divina, no asombrará que María sea cantada por el poeta teólogo "termine fisso d'eterno consiglio", y que Pío IX la señale como objeto de un mismo decreto que comprende la Encarnación del Verbo y la salvación humana.

LUIGI CIAPPI

(*L'Osservatore Romano*, 19 diciembre 1962.)

EL MOVIMIENTO ECUMENICO

El movimiento ecuménico es relativamente reciente. Tiene sus orígenes en el "Octavario de oraciones por la Unidad", iniciado en 1908 por un anglicano, el doctor Spencer Jones, y por un episcopaliano, que más tarde se haría católico: el reverendo Pablo Watson. (La iniciativa se amplió a partir de 1935 bajo el impulso del abate Couturier.) Pero el movimiento ecuménico adquirió su aspecto más patente en los ensayos sucesivos de Conferencias mundiales.

La primera se celebró en Edimburgo en 1910, comenzando con un planteamiento misionero; se trataba de resolver sobre el terreno el problema concreto y doloroso de la división de los cristianos. Fue entonces cuando ciertos responsables constataron la urgente necesidad de emprender una tarea de mayor envergadura. Surgió primeramente una revista misionera internacional; después, se fueron celebrando otras conferencias mundiales análogas a la primera: Jerusalén, en 1928; Tambaran-Madras (1938); Whitby (Canadá, en 1947); Eillingen (Alemania), en 1952... Pero, mientras tanto, habían tomado vida otros movimientos mucho más significativos.

El primero de ellos fue animado, desde un principio, por una personalidad de renombre mundial: el arzobispo luterano de Upsala, Nathan Söderblom (1866-1931).. El punto de partida no era aún tanto la doctrina cuanto el aspecto de una acción social e internacional; y así, con ocasión de la primera guerra mundial, la preocupación mayor de ese movimiento fue el problema de la paz. Tras diversos ensayos, surgió un organismo: la "Conferencia universal cristiana por la Vida y la Acción". Más brevemente: Vida y Acción (*Life and Work*). En agosto de 1925, el movimiento tuvo una Asamblea común de

los 600 delegados o invitados, que representaban a 31 comuniones cristianas de 37 naciones.

Doce años más tarde (1937), el movimiento "Vida y Acción" celebrada su segundo Congreso en Oxford, bajo la presidencia de un anglicano: el doctor Bell. Las conclusiones de estas conferencias mundiales fueron menos de orden doctrinal o litúrgico que de orientación hacia la solución cristiana de problemas humanos. Pero ya, de una reunión a otra, el clima había cambiado y las circunstancias internacionales habían impuesto una cierta moderación en el entusiasmo inicial. Como compensación, en Oxford se registró un gran aumento de representantes ortodoxos. Se deploró, por otra parte, la ausencia de delegados de Roma, llegándose a expresar, con todo, cierta esperanza para el futuro.

Pero la unidad cristiana no se puede realizar únicamente sobre el terreno de la acción. Exige toma de posiciones en el aspecto doctrinal y esto no se daba ni siquiera en algunas cuestiones concretas, como la del matrimonio. La conferencia de Lambeth, que se había celebrado en 1930, tomó sobre la moral del matrimonio una actitud totalmente distinta a la que aquel mismo año se reafirmaba en la Encíclica Pontificia "Casti Connubi".

Ahora bien; los católicos habían prestado mayor atención a otro movimiento que, en principio, apareció como marginal, pero que, bajo el lema "*Faith and Order*" — Fe y Constitución — habría de adquirir gran preponderancia. Había surgido en Edimburgo el año 1910, gracias a la iniciativa de un Obispo, el Dr. Brent, y de un seglar: Rh. Gardiner. Este último escribió en 1914 al Cardenal Gasparri, Secretario de Estado de Bene-

dicto XV, para que viera de interesar a la Iglesia Romana en una posible conferencia mundial de las Iglesias. La respuesta fue cortés, pero, naturalmente, llena de reservas. Por otra parte, la guerra paralizaría temporalmente toda iniciativa.

Se reanudaron las tareas el año 1927 en la Conferencia de Lausanne. Se trató de la Iglesia y de los Sacramentos. El clima fue excelente y la aspiración hacia la unidad, manifiesta; pero no se dejaron de constatar muchas divergencias, no sólo con Roma, sino entre las Iglesias Orientales y las distintas confesiones protestantes e incluso, en más de una ocasión, en estas mismas entre sí. Y así, al ponerse en discusión el número de los Sacramentos, cierto obispo ortodoxo se levantó para recordar que había siete Sacramentos instituidos por Jesucristo: "Si alguno rechazara esta doctrina, convenía pedir al Espíritu Santo que le abriera los ojos". La lectura de las Actas de esta conferencia de Lausanne sigue siendo todavía hoy una de las más instructivas.

Diez años más tarde (1937), una segunda Conferencia Mundial del movimiento "Fe y Constitución" se celebró en Edimburgo, mientras que el de "Vida y Acción" se reunía, por su parte, en Oxford. Volvieron a estudiarse los temas de Lausanne: la Iglesia, los ministerios, el culto, los Sacramentos, la gracia; pero evitando buscar un denominador común más restringido. Quizá el mayor beneficio de estas discusiones fue el de inducir a los cristianos de las diversas confesiones a que se conocieran mejor, precisando los puntos de contacto y las divergencias. El Oriente llevaba la luz de la tradición patristica, frecuentemente olvidada por los protestantes. Éstos, por su parte, aportaban auténticos progresos realizados en orden al aspecto interior de la fe cristiana, en el que a veces son un poco descuidados los fieles de Oriente (como, por otra parte, también, numerosos católicos). Pero si el balance positivo de las afirmaciones doctrinales era un tanto débil, queda el hecho de que no se trataba de mera palabrería. La Iglesia ortodoxa, que había afirmado con decisión su creencia en los siete Sacramentos, habló aquí, con el mismo vigor, de la comunión de los Santos, del culto a María Madre de Dios... y de muchos temas parecidos.

Otra conferencia tuvo lugar en Lund, el año 1952, con 220 delegados oficiales. Esta vez, los católicos romanos enviaron observadores. Se hizo especial hincapié en el tema de la Cristología, incluidas sus derivaciones a la Eclesiología. La Cristología había sido justamente uno de los temas de las conclusiones de una asamblea intermedia, la de Amsterdam.

Efectivamente; caminando por vías paralelas, los dos movimientos "Vida y Acción" y "Fe y Constitución" habían experimentado desde hacía tiempo la necesidad de llegar a una coordinación entre ambas. Con este fin, se había creado un Comité el año 1936. Después de algunos tanteos, se llegó a la constitución de un "Consejo Ecueménico de las Iglesias", cuyo organizador principal fue el doctor Visser't Hooft. Es difícil definir exactamente lo que es este Consejo. La verdad es que, aún dentro de

él, se trata más de obrar y vivir que de darse una definición nominal. Es más bien un servicio de informaciones, un Comité de coordinación y no pretende ser un grado superior y, mucho menos, atribuirse una superautoridad; se podría casi decir que se conforma con ser un "espíritu", una orientación. Constituido el 23 de agosto de 1948 en la Asamblea de Amsterdam, fue definido entonces como una "Asociación fraternal de Iglesias que aceptan a Nuestro Señor Jesucristo como Dios y Salvador". Sus objetivos serían los siguientes:

1. Proseguir la obra de los dos movimientos "Vida y Acción" y "Fe y Constitución".
2. Facilitar la acción común de las Iglesias.
3. Promover el estudio en común.
4. Desarrollar la conciencia ecuménica en los fieles de todas las Iglesias.
5. Establecer relaciones con las alianzas confesionales de carácter universal y con los otros movimientos ecuménicos.
6. Convocar, sobre este tema concreto, cuando las circunstancias lo exijan, conferencias universales que serán autorizadas a hacer públicas sus propias conclusiones.
7. Sostener a las Iglesias en sus tareas de evangelización.

Aunque muy reservado en cuanto a la naturaleza de su autoridad, el Consejo Ecuménico no ha dejado de actuar desde entonces con bastante eficacia. El programa de la conferencia de Amsterdam, desarrollado en cuatro secciones, respondía a este tema general: "El desorden del mundo y la necesidad de Dios".

Pero el gran acontecimiento, según los observadores católicos particularmente cualificados, fue la siguiente afirmación claramente enunciada: no se puede ser cristiano, sin reconocer la divinidad de Jesucristo, nuestro Salvador.

Esto, que era en otros tiempos el bien común de todas las confesiones cristianas, había sido puesto en tela de juicio durante el siglo XIX por el protestantismo liberal, cuyos estragos fueron inmensos y que contribuyó a la eclosión del Modernismo en la Iglesia Católica. Dar, pues, ese paso atrás, de modo tan solemne, suponía, para numerosas iglesias surgidas en el protestantismo, volver a hallar una unidad original y enlazar de nuevo solemnemente con la tradición cristiana. A los ojos de los ortodoxos, esto era poco todavía. Para el observador católico, es ya algo muy importante. Lutero había escrito un día, hablando de Jesucristo:

"Cristo tiene dos naturalezas. ¿En qué sentido me interesa esto? Si Cristo lleva ese nombre, magnífico y consolador, es a causa de su ministerio y de la tarea que se ha impuesto. Esto es lo que le da su nombre. Que Él sea por naturaleza Hombre y Dios, es cosa que atañe sólo a Él. Pero que haya consagrado su ministerio, que haya derramado su amor para hacerse Salvador y Redentor mío, es lo que hace que yo encuentre mi consuelo y mi bien... Creer en Cristo no quiere decir que Cristo sea una persona que es Hombre y Dios, lo cual en nada

sirve a nadie, sino que significa que esa persona es Cristo; es decir, que por nosotros Él ha salido de Dios y ha venido al mundo. Y de esta misión es de donde le viene el nombre.”

Para Lutero, esto no era más que una ocurrencia, destinada a hacer comprender lo que deben ser nuestras relaciones personales con Dios. Pero tal declaración no dejaba de encerrar también una dirección de pensamiento, una presión bajo la cual el principio dogmático terminaría por ceder. Y, de hecho, había cedido.

Convenía, pues, alegrarse de ver que en 1948, bajo la influencia del movimiento ecuménico, ese principio había sido de nuevo reafirmado en la Asamblea de Amsterdam.

Desde entonces, la Asamblea General del Consejo Ecuménico de las Iglesias se ha reunido dos veces: en Evanston (Estados Unidos), en agosto de 1954, y después en Nueva Delhi, el año 1961.

En Evanston, el tema general fue: “Cristo, única esperanza del mundo”; en Nueva Delhi, “Cristo, Luz del mundo”. En Evanston, el Mensaje final encierra un acto de fe, que nos conforta enormemente:

“Jesucristo estuvo entre nosotros. Él vino a nosotros, como verdadero Dios y verdadero Hombre, a buscarnos y a salvarnos. Mientras nosotros éramos enemigos de Dios, Él murió por nosotros. Nosotros lo crucificamos, pero Dios lo resucitó de entre los muertos. Él resucitó; triunfó de las asechanzas del pecado y de la muerte. Comenzó entonces una nueva vida. En virtud de su Resurrección y de su Ascensión, envió a través del mundo una nueva comunidad unida por su Espíritu, que participa de su vida divina y que fue encargada de hacerla conocer por todo el mundo. Cristo vendrá como juez y

rey para conducir todas las cosas a su consumación. Entonces le veremos como es y le conoceremos como somos conocidos.”

En Nueva Delhi, no solamente nadie osó discutir esta afirmación solemne, sino que se hizo mención expresa de la fe en un Dios Trinitario, nueva victoria sobre el protestantismo liberal y sus secuelas. Una vez más no es ésta la única cosa esperada, ni la única cuestión planteada; pero, tocando de este modo los puntos vitales, el Consejo Ecuménico de las Iglesias, en sinceridad y lealtad, trabaja eficazmente por la causa unitaria.

Nosotros los católicos, sabemos que la unidad existe y rogamos para que nuestros hermanos separados la encuentren; pero no medimos bastante los abismos que muchas confesiones cristianas tienen todavía que franquear, así como tampoco pensamos suficientemente en las cosas que, de nuestra parte, tanto en el pasado como actualmente, pueden ser obstáculo para su retorno a nosotros.

Ortodoxos y orientales de diversos sectores encuentran a sus hermanos los protestantes. Muchos prejuicios se derrumban, mientras cada cual, como debe hacerse, rechaza las fórmulas de mero compromiso. Alegrémonos de que la Iglesia Romana no sea un simple espectador impasible, sino que favorece el diálogo, que trata de renovarse a sí misma, a fin de que, según los deseos de Su Santidad Juan XXIII, nuestros hermanos encuentren la antigua morada familiar, preparada, adornada, con una nueva y vital juventud, mostrando la Verdad que posee, pero como un tesoro capaz de enriquecer al mundo y de enriquecerse a sí misma con determinadas riquezas mejor explotadas, con la vista puesta en nuestros hermanos separados.

1881-1961

LES ESPERANCES DE L'EGLISE

de Henri Ramière, S. I.

Versión castellana recién editada
por PUBLICACIONES CRISTIANDAD

(Venta en las principales librerías)

EL P. RAMIERE Y «LAS ESPERANZAS DE LA IGLESIA»

Está todavía por escribir la vida del P. Enrique Ramière, casi a los ochenta años de su muerte. Si se llegara a escribir con alguna amplitud, ¡qué títulos tan sugestivos llevarían muchos de sus capítulos! Porque hablar del P. Ramière es hablar del que fue el teólogo del Apostolado de la Oración y fundador del “Mensajero del Corazón de Jesús”; el teólogo de la Infalibilidad Pontificia y el altavoz del Concilio Vaticano; el teólogo de la Historia y el apóstol de la divinización del cristiano...

Son muchos más todavía los aspectos del insigne jesuita. No es el menos interesante de ellos ni el que le da menos derecho a la celebridad y a nuestra gratitud el de teólogo de las esperanzas de la Iglesia. Pocos como él han sabido desentrañar en este sentido las riquezas del dogma católico. Por esto son pocos los libros cuya lectura tanto dilate el corazón cristiano como el que el P. Ramière publicó con el título de “Les Espérances de l'Église”, hace cabalmente un siglo, y que ahora acaba de ver la luz en su versión castellana (1).

La obra no desdice un punto de los otros libros del P. Ramière, antes se puede decir que es su obra maestra, por lo menos en sentir de muchos. Son populares en España, donde han alcanzado varias reediciones “El Apostolado de la Oración” (2); “La Soberanía Social de Jesucristo” (3) y “El Corazón de Jesús y la Divinización del Cristiano” (4). No podía demorarse más la publicación de una obra que en cierta manera cifra todo el pensamiento del P. Ramière.

El germen de “Las Esperanzas de la Iglesia” lo ve su autor en unas palabras de la Bula “Ineffabilis” en que el Papa Pío IX definió el dogma de la Inmaculada Concepción: “Nos, con firmísima esperanza y absoluta confianza, nos esforzamos en conseguir de la Bienaventurada Virgen María, que se digne otorgarnos que la Iglesia, desaparecidas todas las dificultades y deshechos todos los errores, florezca en el Universo entero, para que todos los extraviados vuelvan al camino de la verdad, y se forme un solo rebaño y un solo Pastor”. Su mente poderosa y la sólida preparación teológica adquirida en largos años de estudio y de cátedra le habían preparado magníficamente para elaborar la rica síntesis doctrinal, glosa incomparable del pensamiento pontificio.

Tras una introducción ampliada por el autor para ulteriores ediciones, va éste explanando su pensamiento en tres grandes partes. En la primera estudia el P. Ramière el primer fundamento de las esperanzas de la Iglesia, que ve en las leyes de la Providencia. Según él, estas leyes son tres: a) Todo lo que se hace en el mundo tiende a glorificar a Dios. b) Dios quiere ser glorificado en el mundo por medio de Jesucristo. c) El Reino de Jesucristo ha de establecerse en el mundo por medio de la Iglesia.

En la segunda, son las tendencias sociales, tanto si se miran en los espíritus, como en las sociedades y en

la Iglesia, las que permiten fundar nuestras esperanzas. En el pensamiento del A. aparece la Nación Francesa como gozando de una hegemonía que no todos le concederán y menos en nuestro tiempo. Toda esta segunda parte nos revela al P. Ramière como hombre de su tiempo y muy al tanto de las corrientes de su época. El pensamiento europeo es auscultado con una rara perspicacia.

Por fin, en la tercera y última parte, hecha mano el A. a sus profundos conocimientos bíblicos y patristicos y descubre en la Sagrada Escritura el tercer fundamento de las esperanzas de la Iglesia, que no es otro, según él, que las mismas promesas de Dios. Desfilan ante nuestros ojos los hechos proféticos que figuran el triunfo de la Iglesia: el descanso del séptimo día, la paz concedida a la Sinagoga después de la cautividad, el triunfo de Jesucristo resucitado. Luego pasamos revista a las profecías sacadas del Génesis, de los Salmos, de Isaías, de Daniel y de San Juan. De notable fuerza probativa, merece leerse la vindicación y exposición de algunas profecías particulares. Pero sobre todo interesa en gran manera el capítulo cuarto en que se exponen las promesas vinculadas a la devoción al Sagrado Corazón, “completa manifestación del Verbo Encarnado”, “completo desarrollo de la piedad cristiana” y “la satisfacción que da Dios a las tendencias sociales”. Finalmente se cierra el ciclo con la exposición de las promesas vinculadas a la definición dogmática de la Inmaculada Concepción y respaldadas por el presentimiento de las almas piadosas, la eficacia de la Mediación de María Santísima y la maternidad de la misma Virgen María considerada en su origen, en sus requisitos y en su consumación, y en las relaciones del dogma de la Purísima Concepción con las corrientes sociales.

La euritmia y solidez de la construcción del P. Ramière causará cierto religioso estupor a los que no lo conocen por la lectura de otras obras suyas. Los que ya lo conozcan se enfrascarán gustosos en su atento estudio o pausada lectura por lo menos, que les compensará con muchas creces del esfuerzo y tiempo que les exija.

Muy útil hubiera sido que los editores nos hubieran mostrado, siquiera someramente, los muchos puntos de contacto entre la obra ya centenaria del P. Ramière y las enseñanzas pontificias de un siglo a esta parte. El hecho de ser tantos pudo hacerles desistir del intento, que hubiera alargado más de la cuenta su publicación que había de ser precisamente en esta hora conciliar y providencial.

FRANCISCO SEGURA, S. I.

(1) Las Esperanzas de la Iglesia. Versión del P. Hilario Marín, S. I. Publicaciones CRISTIANDAD. Lauria, 15, Barcelona. 24 x 16 cm. 396 págs. 125 pesetas.

(2) Mensajero del C. de J. Bilbao.

(3) Barcelona. Publicaciones CRISTIANDAD.

(4) Mensajero del C. de J. Bilbao. 1931. Hay una edición posterior publicada por Ediciones Paulinas. Zalla (Vizcaya).

EL PAPA A LOS OBSERVADORES DELEGADOS

«...vuestra presencia motivo de aliento»

El 13 de octubre, dos días después de la inauguración del Concilio, S. S. Juan XXIII recibió en audiencia a los Observadores Delegados. Presentados por el Cardenal Bea, el Papa tuvo para cada uno de ellos gratas expresiones. Sentados en semicírculo a su alrededor les dirigió con amable sencillez la siguiente bienvenida:

Nuestro encuentro de hoy, tan agradable, reviste un carácter familiar y confidencial. Conviene se distinga a la vez por el respeto y la sencillez.

Lo primero que sale del corazón es una plegaria: una lección útil para todos sacada del Salmo 67: *Benedictus Dominus per singulos dies; portat onera nostra Deus, salus nostra*. Bendito sea el Señor, día a día. Nos lleva el Dios de nuestra salud.

En 1952 el Papa Pío XII de modo imprevisto y sorprendente me pidió aceptara el Patriarcado de Venecia. Le contesté que no tenía que reflexionar mucho para acceder. En efecto, mi voluntad no contaba en tal proposición; mi alma no tenía ningún deseo de ser conducida hacia este o aquel ministerio o función. Mi divisa episcopal contenía la respuesta: Obediencia y Paz.

Cuando, pues, al cabo de treinta años de servicio directo a la Santa Sede, me disponía a empezar un modo de vida nuevo para volver a encontrar, como Pastor, al pueblo de Venecia al que debía guiar seguidamente durante seis años, yo recordaba, meditándolas, estas palabras del Salmo: *Portat onera nostra Deus*. Dios nos lleva. Nos lleva tal cual somos y con lo que tenemos: con sus riquezas en nosotros y con nuestras miserias.

La misma reflexión me vino cuando acepté, hace cuatro años, la sucesión de San Pedro, y en todos los actos posteriores, día tras día, hasta el anuncio y puesta en marcha del Concilio.

En lo concerniente a mi humilde persona no me gusta referirme a inspiraciones particulares. Me atengo a la sana doctrina: ésta enseña que todo procede de Dios. Es en esta perspectiva que he considerado como una inspiración celestial la idea del concilio que ha empezado el 11 de octubre. Este día puedo aseguraros que estaba muy emocionado.

En aquella hora providencial e histórica estaba particularmente atento a mi deber del momento que consistía en recogerme, rezar y dar gracias al Señor. No obstante mi mirada se iba de vez en cuando hacia tantos hijos y hermanos. Y desde que se dirigió a vuestro grupo y sobre cada uno de vosotros encontré en vuestra presencia motivos de aliento.

Sin querer anticipar el porvenir, contentémonos hoy en constatar el hecho. *Benedictus Deus per singulos dies!* Bendito Dios, día a día. En cuanto a vosotros, quered leer en mi corazón: encontraréis quizás mucho más que en mis palabras. ¿Cómo podría olvidar los diez años pasados en Sofía? ¿Y los otros diez pasados en Estambul

y Atenas? Fueron veinte años felices y bien ocupados en el transcurso de los cuales entablé conocimiento con venerables personalidades y con jóvenes llenos de generosidad. Les trataba con amistad incluso si mi misión de representante del Padre Santo en el próximo Oriente no les tocaba directamente.

A continuación en París —una de las encrucijadas del mundo, especialmente al término de la última guerra—, tuve numerosos encuentros con cristianos pertenecientes a diversas denominaciones.

Jamás, a mi entender, hubo confusión de principios entre nosotros, ni oposición en el terreno de la caridad dentro del trabajo común que las circunstancias nos imponía para asistir a los que sufrían. No “parlamentamos”, hablamos; no discutimos, nos amamos.

Un día, ya lejano, envié a un venerable anciano, prelado de una iglesia oriental, no en comunión con Roma, una medalla del pontificado de Pío XI. Tal gesto quiso ser, y fue, un simple acto de amable cortesía. Poco tiempo después, aquel anciano, en trance de cerrar sus ojos a la luz de este mundo, quiso que a su muerte la medalla fuese colocada sobre su corazón. Lo vi personalmente y este recuerdo todavía me emociona.

A propósito hago alusión a este episodio porque en su encantadora simplicidad puede compararse a una flor del campo que la sucesión de estaciones permite recoger y ofrecer.

Que el Señor quiera acompañar siempre de esta manera con su gracia nuestros pasos.

Vuestra estimada presencia aquí, la emoción que conmueve mi corazón sacerdotal —d’episcopus Ecclesiae Dei, como decía el jueves ante la asamblea conciliar— la emoción de mis colaboradores, también la vuestra, estoy cierto, me invitan a confiaros el deseo de mi corazón que arde por trabajar y sufrir para que se acerque la hora en que se realizará para todos la plegaria de Jesús en la última Cena. Pero la virtud cristiana de la paciencia no debe dañar a la de prudencia que también es fundamental.

Sí, lo repito: *Benedictus Deus per singulos dies!*: sea bendito Dios cada día. Por hoy, pues, que esto nos baste. La Iglesia Católica se ha dado a su trabajo, sereno y generoso; vosotros a vuestra misión de observadores, con una atención renovada y benévola.

Que sobre todo y sobre todos descienda la gracia celestial, que inspira, mueve los corazones y corona los méritos.

(L’Osservatore Romano, 15-16 octubre 1962)

CORDIAL DESPEDIDA DE LOS OBSERVADORES

«...tenemos la esperanza de volvernos a encontrar»

El 8 de diciembre, clausurada la Primera Sesión del Concilio, el Cardenal Cicognani en nombre de Su Santidad recibió a los Observadores manifestándoles que el Papa hubiera deseado recibirles personalmente y ante la imposibilidad de hacerlo, rogaba le considerasen espiritualmente presente.

A continuación el Doctor Luca Vischer, de la Iglesia de Ginebra, leyó lo siguiente:

Permitidme en nombre de los observadores de manifestaros nuestro sincero agradecimiento por haber querido recibirnos otra vez aquí antes de nuestra partida de Roma. En particular quiero agradecer las palabras tan amables que acabáis de dirigirnos.

Ante todo debemos rogaros transmitáis la expresión de nuestra gratitud a Su Santidad. Desde el primer día del Concilio pudimos darnos cuenta de la importancia que Su Santidad ha atribuido a la presencia de observadores de las Iglesias separadas de Roma. Y en el transcurso de las pasadas semanas constantemente fuimos sorprendidos por nuevos testimonios constantes de particulares atenciones. La acogida de hoy nos muestra una vez más el interés y amistad que aquí hemos podido encontrar.

Hemos vivido verdaderamente los trabajos del Concilio al tomar en él parte interna. Hemos tenido una ocasión extraordinaria de empezar a conocer a representantes de vuestra Iglesia. Hemos tenido libre entrada a todas las manifestaciones y siempre hemos podido constatar de nuevo el gran esfuerzo hecho para comprendernos en nuestras convicciones, nuestro carácter propio, nuestras esperanzas y dificultades.

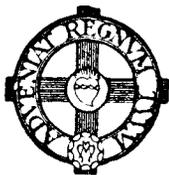
Ciertamente, no hemos remontado las dificultades existentes. Nuestra separación no ha sido eliminada de repente. Al contrario, quizás ahora solamente comprendemos la inmensidad de la tarea frente a la que nos encontramos situados cuando ensayamos juntos dar una nueva expresión a la unidad en Cristo. He aquí las sema-

nas del Concilio son para todos nosotros desde muchos puntos de vista solamente un inicio. Tenemos todavía un largo camino de trabajo común a realizar. Todavía no vemos la salida. Pero una cosa es cierta. Las semanas de este Concilio que acabamos de pasar han manifestado en el más alto grado la voluntad de hacer este camino juntos, y esto es lo que nos llena de gratitud y esperanza.

En este momento recuerdo gustoso una frase que Su Santidad nos dirigió cuando fuimos recibidos aquí por primera vez. Citó entonces la palabra del Salmista: Alabado sea Dios por cada jornada en particular. Esta palabra ciertamente podrá ser una divisa para el trabajo ecuménico; ya que contiene cuanto importa. Gran gratitud por lo que Dios nos ha concedido hasta el presente y en el día de hoy y al mismo tiempo la confianza en que Dios Señor de este día será Señor del mañana que todavía no conocemos. Y si al fin de este período intentamos determinar el lugar donde nos encontramos, esta palabra es ciertamente de una importancia fundamental.

Continuaremos los trabajos del Concilio, también con gran interés, después de nuestra partida. Sabemos hasta que punto son importantes los meses futuros. Estad ciertos que os recordaremos durante la intercesión y tenemos la esperanza de que volveremos a encontrarnos siempre y cada vez más en la unidad que es el mismo Cristo.

(*L'Osservatore Romano*, 10-11 diciembre)



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Enero - 1963

- GENERAL:** «Que todos los que trabajan en el Concilio, busquen con mutua caridad y comprensión que conduzcan al bien universal de la Iglesia.»
- MISIONAL:** «Que los jefes de las nuevas repúblicas de Africa vean el provecho que la Iglesia de Cristo trae a la prosperidad, aun temporal, de las naciones »

SANTA TERESA DE JESUS Y LOS HERMANOS SEPARADOS

Sta. Teresa es quizás la figura más polifacética del Cristianismo hispano. Ella, que vivió una de las eras más difíciles para la Iglesia y a la vez estuvo presente de una manera decisiva y operante en el resurgir católico del mundo del xvi, no podía por menos de sentir profundamente, de sufrir todo el peso espiritual de este fenómeno histórico, llamado hoy, de un modo genérico, indefinido y universal. Protestantismo.

Pero antes de hablar sobre el tema, quiero hacer alguna advertencia. Para que nadie se extrañe del lenguaje de la Santa; para que las palabras suyas queden diáfanos, sencillas, netas, como ella las escribió.

Sta. Teresa dice sus cosas a las monjas; por tanto, fuera de todo alarde teológico, de toda consideración y, podríamos escribir, fuera de toda deferencia para con nuestros hermanos separados. Hoy han pasado ya cuatro siglos y miramos las cosas desde otra perspectiva. Entonces fue cuando se produjo la separación — “*la rotura del espejo*” (es pensamiento de la Santa) —, y los ánimos hervían; hervían sobre todo en los españoles, que concebían la vida como lucha, pueblo que agota sus fuerzas en la instauración de un Imperio Católico Universal. Y Santa Teresa vivió entre ellos; doña Teresa de Cepeda y Ahumada, era una española del siglo xvi. Así hay que ver la Santa en aquella época, en aquel ambiente de fervor, donde lo religioso se confundía a veces con lo político, y la gente no entendía de política si no se la adobaba con la Religión.

En el frontispicio de este artículo y como resumiéndolo todo, podríamos haber relatado una magnífica visión teresiana. Pondré las mismas palabras de la Santa para así apreciar más su narración de líneas escritas a cincel:

“*Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas, ni lado, ni alto, ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo Nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo, yo no sé decir cómo, se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fue esta visión de gran provecho cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Díóseme a entender que estar un alma en pecado mortal es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser; y que los herejes es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que*

oscurecido. Es muy diferente el cómo se ve a decirse, porque se puede mal dar a entender.” (1)

Hay que acentuar y encasillar aquellas palabras de la visión sublime: “...y que los herejes es como si el espejo fuese quebrado, que es mucho peor que oscurecido”. Aquí descansa la nitidez del pensamiento teresiano sobre el Protestantismo. Notemos más claramente la exactitud de este concepto que coincide plenamente con la doctrina de la Iglesia sobre el Cuerpo místico: los Protestantes se quebraron de la Iglesia y por ende del Cuerpo Místico.

El espejo está roto y, si el espejo está roto — “que es mucho peor que oscurecido” —, tenemos que aceptar todas las tremendas consecuencias teológicas que de ello se derivan. No nos hagamos ilusiones, hasta que no haya un espejo nuevo, único, y ecuménico no habrá un solo rebaño bajo un solo Pastor.

Y un día, amargo día, oyó doña Teresa de Cepeda y Ahumada ¡tantas cosas desdichadas para la Cristiandad! No sabemos justamente cuándo se enteró la Santa de los acontecimientos. Más o menos, por lo que ella indica, al acometerle los grandes deseos de santidad y perfección. Escribe: “*En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta*” (2). Los daños de que habla la Santa eran ante todo “*desacato*” al Smo. Sacramento. “*Desechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, quitados los sacramentos*” (3). En las Fundaciones puntualiza aún: “*Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos*” (4). Y en el Camino de Perfección: “*¡Y cuántas (injurias) se deben hoy hacer a este Santísimo Sacramento!*” “*¡Qué desacatos de estos herejes!*” (5).

Estas son las noticias escuetas y llanas que han llegado a los oídos de la mujer española. La reacción de la Santa a tanto mal es inmediata, espontánea, sentida y a la par firme, segura; es sencillamente reacción de Santa, gesto de amor.

Ante todo, cuando doña Teresa se entera de “tanto mal”, su corazón se encoge, se estrecha, se achica por el dolor. Pero digamos sus mismas palabras: “*Dióme gran fatiga*”, y Teresa llora, ¡cómo sería el llanto, llanto de

(1) Vida, cap. 40, n. 5.

(2) Camino de Perfección, cap. 1, n. 2.

(3) Camino de Perfección, cap. 35, n. 3.

(4) Fundaciones, cap. 18, n. 5.

(5) Camino de Perfección, cap. 33, n. 3.

Santa, de Teresa la Fuerte!), y suplica y suspira y se queja y sufre y ama. El Cristo de la Encarnación y el Sagrario se palparon vertidos de lágrimas. La oración de la Santa se escapa limpia, serena. Teresa ora en su Corazón:

“Pues, ¡qué es esto mi Señor y mi Dios!, o dad fin al mundo o poned remedio en tan gravísimos males, que no hay corazón que lo sufra, aun de las que somos ruines. Suplícoos, Padre Eterno, que no lo sufráis ya Vos; atajad este fuego, Señor, que si queréis, podéis.” (6).

¡Qué contraste! En el mundo habrá “cosas tan feas, abominables y sucias” (7). Pero también habrá “hermosura y limpieza” (8). Esta “no merece estar en casa adonde hay cosas semejantes” (9). Sin embargo, así resalta más la belleza. El alma queda como aturdida de ver el fulgor de la pureza de alma de la gran Mística española.

Y Sta. Teresa siente pena por todos los Protestantes, a todos los lleva en el corazón, en su corazón de mujer, de española y de santa, pero los lleva con una grandísima pena, negrísima pena “porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia” (10). En las Moradas Quintas pone de relieve el gran sentimiento del alma — amargura y sentimiento suyos sin duda — por las muchas almas que se pierden “así de herejes como de moros” (11). Y al encontrarse la Madre Reformadora que en Medina del Campo le han echado el Santísimo a la calle, no hay pluma que sepa escribir su dolor. Dejemos que ella nos lo diga con vivacidad y de un tirón, que lo lleva clavado en el alma: “Cuando yo vi a su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, ¡qué fue la congoja que vino a mi corazón!” (12). Por el contrario, qué alegría para la Madre una nueva fundación, porque en ella se había de alabar al Señor y haber Smo. Sacramento. Su corazón de celadora de la honra de Dios — ya le había dado Dios la gran nueva: “Ya eres mía y Yo soy tuyo” (13) —, su corazón, repito, se ensancha; se dilata, se hace enorme, inmenso: “Esto es particular consuelo para mí ver una iglesia más, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos. No sé qué trabajos, por grandes que fuesen, se habían de temer a trueque de tan gran bien, bien para la Cristiandad” (14).

Acabamos de ver el primer efecto de la reacción de Sta. Teresa de Jesús, pero el segundo efecto, mejor, la segunda etapa de este único y formal efecto es un rasgo finísimo de feminidad, de feminidad tierna y profunda, a impulsos del amor. Es tornar por Jesucristo en el Smo. Sacramento del Altar: “Seamos nosotras, hijas”, “para que no vaya adelante tan grandísimo mal y desa-

cato, como se hace en los lugares a donde estaba este Santísimo Sacramento entre estos luteranos...” (15).

¿En qué consistió tornar por Jesucristo para Santa Teresa? Sta. Teresa atajó la herejía protestante, hizo que no fuera adelante tan grandísimo mal y desacato de dos maneras fundamentales, tomó una postura auténtica, sana y de valor ante su conciencia, se miró la Santa a sí misma, se inspeccionó, se autointrospeccionó y se vio cómo ella era, tal cual, desnuda de toda fantástica grandeza con que nos solemos exornar y desnuda también de todo disimulo y doblez; de cualquier engaño y alucinación.

Aquí está la palabra de la Madre Fundadora, palabra con vida, palpitante: “Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos, determiné a hacer ese poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo. Y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen, a los que ha hecho tanto bien, que parece lo querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no tuviese a donde reclinar la cabeza” (16).

He aquí el plan de ataque espiritual de Sta. Teresa de Jesús. La ilustre “Madre espiritual” — Mater Spiritualis — como reza la magna estatua de S. Pedro del Vaticano, se ve “mujer y ruin e imposibilitada”. Mas, ¡bendita la mujer cristiana y la impotencia de esta mujer! Y, sin embargo, la Sta. de Ávila alberga en sí un “ansia”, ansia incontenible de hacer que los amigos del Señor “que esos fuesen buenos”. Entonces Sta. Teresa determinó reformar su vida, “hacer ese poquito que estaba de su parte”, “que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección”. Aquí está la base del éxito, reformar la vida particular, hacer ese poquito que a uno le corresponde. Esta lección de Sta. Teresa es una experiencia inmensa y de un enorme valor para nuestras empresas apostólicas. Si no hay reforma individual, personal, interna, de la vida propia y de la conciencia propia, no habrá reforma colectiva, social, de los otros; no podremos luchar; cada uno se verá por dentro, se palpará interna, íntimamente “mujer y ruin e imposibilitada”. Será una mariposa desdichada, vagabunda.

Ya la Monja Carmelita, reformada puede “procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo”. Ya puede hacer que los pocos amigos del Señor sean buenos

(6) Camino de Perfección, cap. 35, n. 4.

(7) Camino de Perfección, cap. 35, n. 4.

(8) Camino de Perfección, cap. 35, n. 4.

(9) Camino de Perfección, cap. 35, n. 4.

(10) Vida, cap. 32, n. 6.

(11) Moradas Quintas, cap. 2, n. 10.

(12) Fundaciones, cap. 3, n. 10.

(13) Vida, cap. 39, n. 21.

(14) Vida, cap. 18, n. 5.

(15) Camino de Perfección, cap. 35, n. 3.

(16) Camino de Perfección, cap. 1, n. 2.

de verdad, reformados también, para así contrarrestar el "crecimiento" de "esta desventurada secta". Y así salió, la que podíamos llamar la "La Orden de los amigos íntimos del Señor": La Orden de Carmelitas Descalzos. No lo olvidemos, el Carmelo se reformó por un "ansia" personal de santidad, para atajar el gran fuego que ardía en el mundo, el fuego de la Reforma Protestante. Pero ella era mujer, y mujeres eran sus monjas, y así también fue concebido el plan espiritual para los Padres Descalzos. Fue concedido a la Santa el mayor regalo de su vida: "que bien entendía era ésta muy mayor merced que la que me hacía en fundar casas de monjas" (17). El "espera, hija, y verás grandes cosas" se había cumplido.

Y aquí está todo el artefacto que Sta. Teresa levantó y construyó con sus propias manos para atajar "tanto mal". Sin una blanca, fundará los alcázares del Señor — "Palomarcitos de la Virgen", dijo ella —, donde nunca se es vencido y siempre se vence, donde en todo momento se busca la intimidad con Cristo. Junto al Concilio de Trento y a la Compañía de Jesús, Sta. Teresa,

(17) Fundaciones, cap. 14. n. 12.

entre mil contradicciones, creó uno de los grandes baluartes de la Contrarreforma, que nació precisamente como ansia de perfección y como lucha contra la herejía: La Reforma Carmelitana que resalta y renueva, el valor monacal de la vida — la vida hecha silencio y oración — y exalta el amor: "adonde no hay amor, ponga amor, y sacará amor" (18). Un retorno al recogimiento, al desasimiento y a la cruz de Cristo.

Donde se halla algún defensor de la Iglesia, algún predicador y letrado que la defienda, allí estarán las Hijas de Sta. Teresa "todas ocupadas en oración". Este es el gran milagro de Teresa, de la inquieta y andariega Madre Teresa, su obra, que salió en un arranque de inmenso amor y de inmenso dolor "una gran pena", por "tanto mal".

En Sta. Teresa quedó como una obsesión, desde aquella fecha triste en que oyó amargas nuevas, un afectuosísimo amor a la Iglesia. Sus últimas palabras fueron: "Por fin muero hija de la Iglesia", la Iglesia, una, santa, católica, apostólica y romana.

RAFAEL MOLINA GERVILLA

(18) Carta de S. Juan de la Cruz a la M. María de la Encarnación en Segovia. Madrid, 6 de julio de 1591.

VISION CRISTIANA DE LOS DESEQUILIBRIOS ECONOMICOS Y SOCIALES (Barcelona 1 - 5 mayo 1962)

II. EL HECHO DE LOS DESEQUILIBRIOS

Muchas revoluciones se han hecho para conseguir alguna igualdad entre los hombres; todos los hombres desean ardentemente ser iguales a aquellos que juzgan que son los más afortunados de sus semejantes.

Sin embargo, la naturaleza nos hace desiguales: empezando por nuestras características somáticas y terminando por los climas en que vivimos, todo nos habla de las tremendas desigualdades que hay entre nosotros. Pero, en el momento actual, algunas de estas desigualdades nos parecen más irritantes que otras.

a) DEMOGRAFÍA Y SANIDAD

De todos es sabido cuán diferentes son en este particular las distin-

tas regiones de nuestro planeta, pero, como en los países más favorecidos hay un mayor número de personas de edad, el índice de mortalidad difiere de unos países a otros menos de lo que se podría esperar.

Uno de los índices demográficos más útiles para nuestra finalidad es la esperanza de la duración de vida en el momento de nacer.

Para no hablar de los países menos desarrollados del África, diremos que en el Sur del Asia esta esperanza es de unos 35 años, en América del Sur está entre 40 y 50, en España es del orden de los 65 y en el Norte y el Oeste de Europa alcanza los 70 años.

El estudio de la llamada pirámide de edad arroja resultados sensiblemente diferentes, según sean las partes del Mundo consideradas.

En África, en Asia y en Sudamérica apenas un 5 % de la población pasa de los 60 años. En Europa, en Oceanía y en América del Norte, más de un 11 % de la población pasa de esta edad.

En los países más adelantados menos de un 2 % de los nacidos vivos muere antes del primer año de vida; la mortalidad infantil ha sido prácticamente superada. En muchos países de Sudamérica entre el 10 y el 20 % de los nacidos vivos mueren antes del año y en Asia se supera en general el 20 %; hay países en los cuales más de una cuarta parte de los nacidos no alcanza a vivir un año. En España mismo, es fácil encontrar provincias en que la mortalidad infantil es tres veces superior a otras.

En extensas zonas de nuestro pla-

neta el hombre está expuesto a terribles enfermedades: enfermedades de carencia como el beri-beri y la pelagra, enfermedades infecciosas agudas como la peste, el cólera, la fiebre amarilla, la viruela y el tifus exantemático y enfermedades infecciosas crónicas como la lepra, la tuberculosis, el paludismo, la enfermedad del sueño y muchos males venéreos. Por ejemplo, en la India se estimaba, hace pocos años, que sobre unos 400 millones de habitantes había 20 millones de palúdicos, 2 millones de leprosos y 1 millón de tuberculosos; posteriormente la viruela y el cólera han diezmando de nuevo aquella península.

b) ENERGÍA

Probablemente éste, el de la energía, es de los parámetros técnico-económicos más significativos. Es cierto que puede venir influido por alguna circunstancia natural, como ocurre en Noruega, con la gran facilidad hidrográfica para la producción de energía eléctrica, que le permite exportar productos de la industria electroquímica fabricados a partir de primeras materias de valor nulo (que, por ejemplo, están en el aire), exportando así kilowattios/hora metidos en sacos, pero aún en este caso significa mucho la existencia de tales industrias y mucho importan sus efectos en la vida económica del país.

La energía es necesaria para una industria y aun para una agricultura de elevado rendimiento. Consumen energía todos los servicios como los transportes, la calefacción y la refrigeración que más afectan a nuestro bienestar personal.

Se puede expresar en kWh potenciales o en cualquier otra unidad homogénea. Para hacer más comprensible la comparación, nos referiremos a toneladas de carbón por habitante y año. Ello quiere decir que los totales de las distintas clases de energía consumidas en un país se reducen a calorías y de éstas se calcula su equivalente en peso de carbón.

	Toneladas hab./año
Estados Unidos	8
Noruega	4,5
Gran Bretaña	4,5
Alemania Occidental	3,5
Bélgica	3,5
Australia	3,5
Francia	2,3
Holanda	2
España	1
Italia	1
Argentina	0,8
Japón	0,8
Sudamérica	0,6
África	0,4
India	0,1

Si nos referimos a la energía eléctrica producida, disponemos en las publicaciones de la O.N.U. de datos muy seguros, relativos a un elevado número de países.

En la tabla siguiente hemos anotado la producción de energía eléctrica en 1960 expresada en kWh/habitante y mes para un cierto número de países que hemos elegido para poner de relieve el contraste:

Noruega	720
Canadá	530
Luxemburgo	390
Suecia	388
Suiza	295
Nueva Zelanda	237
Australia	199
Gran Bretaña	189
España	52
Argentina	33
Brasil	27
Malasia	14
Argelia	10
Turquía	8,7
Túnez	5,5
Ghana	4,7
Siria	4,2
Senegal	3,6
India	3,1
Kenya	2,6
Costa de Marfil	1,7
Tanganika	1,4
Nigeria	1,3
Cambodia	0,96
Níger	0,38
Alta Volta	0,18

Es decir, los Estados Unidos producen diez veces más de energía eléctrica que la República Argentina, 100 veces más que el Senegal, y 1.000 veces más que el Níger, sin contar con otros países que, como la República del Alta Volta, están todavía peor situados. El estudio, más difícil, del número de médicos o de vehículos a motor por habitante conduciría a resultados análogos.

c) RENTA NACIONAL PER CAPITA

Es éste un tema inseguro por la dificultad de llegar a estimar en su totalidad la renta nacional y de comparación difícil, entre otras razones, por los diferentes valores adquisitivos de las monedas.

Sin embargo, las desigualdades son evidentes y pueden expresarse en una tabla semejante a la que sigue:

Renta nacional en \$ anuales per capita	% de la población mundial	% de la renta mundial
Menos de 50 \$	31	4
De 50 a 100 \$	23	8
De 100 a 200 \$	12	6
De 200 a 500 \$	20	25
De 500 a 1.000 \$	7	14
Más de 1.000 \$	7	43

Es decir, unos 2/3 de la población del Mundo dispone de menos de una quinta parte de lo que el mismo Mundo produce.

d) NIVEL CULTURAL Y TÉCNICO

Más grave es aún pensar que estos desniveles de todo orden obedecen a situaciones de hecho tanto en el aspecto técnico como en el humano y que no es nada fácil que varíen en plazo breve.

Son diferentes de unos países a otros los sistemas de instrucción, las capas de la sociedad a que estos sistemas alcanzan y hasta las materias por las que tradicionalmente se siente preferencia. Aún suponiendo el imposible de que un país recibiese de otros el número de instructores necesario se debería superar todavía el nivel cultural de los me-

dios familiares y sería además necesario el tiempo para formar unas primeras promociones.

Un aspecto poco comentado y al que se refería nuestro compañero Sáinz Mazpule en el número de noviembre de *CRISTIANDAD*, es el de la desigualdad en la información.

En economía es, sobre todo, importante la distribución de la información económica. No es que se pueda esperar que en ningún país sus elementos rectores discutan en público durante días y días la modificación del tipo de descuento por el Banco Nacional. Pero sí que cabe establecer una gradación en este aspecto.

Hay países en los que la polémica es constante y todos los elementos interesados hacen públicas las estadísticas y las razones que favorecen sus respectivos puntos de vista. El Gobierno toma acaso sus resoluciones en secreto pero éstas quedan expuestas a la crítica del

público y frecuentemente ello aparece como continuación de una disputa anterior.

Hay otros países en los cuales el Gobierno, de innegable buena intención, busca en secreto la resolución y llega a lo sumo a consultar en privado a quienes le pueden suministrar la información necesaria.

En otros países el Gobierno determina por motivos de tipo político las medidas que desea tomar. Toda la información que antes y después se facilita al público tiene por objeto justificar y hacer que parezca plausible la resolución del Gobierno.

Finalmente hay países cuyos dirigentes no tienen el nivel suficiente para advertir por sí mismos lo que más conviene a su país y son juguete de agentes extranjeros.

Como consecuencia de estas circunstancias humanas y de los desniveles del tipo técnico no es seguro que las desigualdades que nos

ocupan no tiendan a aumentar en el momento actual.

Por una parte el índice general de producción industrial publicado por la O.N.U. parece sugerir que algunos desniveles tienden a unificarse; por ejemplo, Bulgaria, Japón y Corea han duplicado su índice entre 1955 y 1961 mientras Formosa, Checoslovaquia, Alemania, Hungría, Israel, Italia, Méjico, Pakistán, Polonia, Portugal, Rumanía, Rusia y Yugoslavia lo han visto aumentar en más de un 50 %. En cambio este índice no ha llegado a aumentar un 15 % en Bélgica, Estados Unidos y Gran Bretaña; debe tenerse en cuenta, sin embargo, que un 100 % en Corea representa mucho menos que un 14 % en los Estados Unidos.

La evolución del comercio exterior de las distintas regiones del Globo, tal como se desprende de las mismas publicaciones de la ONU, produce más pesimismo.

	<i>Importaciones en millones de dólares</i>		<i>Aumento en %</i>
	<i>1955</i>	<i>1961</i>	
Estados Unidos	11.516	14.679	27
Otros países desarrollados	52.884	78.421	48
Países en vías de desarrollo	24.300	30.500	26
	<i>Exportaciones en millones de dólares</i>		<i>Aumento en %</i>
	<i>1955</i>	<i>1961</i>	
Estados Unidos	15.428	20.666	34
Otros países desarrollados	44.572	69.404	56
Países en vías de desarrollo	20.700	27.600	21

En las tablas anteriores se consideran países desarrollados los Estados Unidos, Canadá, Japón, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y

todos los del Norte y Oeste de Europa y en vías de desarrollo los del resto del Mundo, exceptuados los del bloque comunista que no han

podido ser tenidos en cuenta al calcular la tabla.

FRAXIMUS EXCELSIOR

BALANCE EUROPEO DE FIN DE AÑO

Paz

Ha concluido otro año. Los Jefes de Estado han pronunciado los habituales discursos o mensajes. Prescindiendo de particularidades, podríamos resumir su contenido diciendo que en general son optimistas, que ante ellos creen hallar un mundo que camina hacia la paz y la comprensión.

Hacia sólo cinco días que Su Santidad el Papa, Juan XXIII, se congratulaba de que, por primera vez en muchos años, se presentaban unas Navidades sin haber ninguna guerra, cuando esa paz fue turbada.

El Organismo internacional ideado para defender la paz, actuó de promotor de la guerra. En un rincón de África, al finalizar el año, los cañones tronaban, las ametralladoras disparaban, los aviones bombardeaban y las tropas civilizantes y pacificadoras de la O.N.U. se entregaban al pillaje y al saqueo.

Opiniones

Si se me preguntara, ¿qué puedes opinar tú de ese futuro?, habría de responder: Que las cosas se presentan malas, que Europa debería unificarse y posiblemente autoabastecerse de armamento. De ese terrible armamento que han dado en denominar "disuasivo".

Inmediatamente se me tachará de pesimista, europeísta y belicista.

Nada más lejos de ello. De natural optimista, me repugna la unión europea que en todo caso estimo como un mal necesario, y considero imprescindible que los miles de millones que constantemente se vierten en armamentos, cuanto antes puedan dedicarse al bienestar de la humanidad.

Europa una, grande y libre

Con los debidos respetos para los postulados del Movimiento español,

el lema cuadra perfectamente a las necesidades de Europa. O se une sin dilaciones o peligrará. Si verdaderamente quiere ser grande y sobre todo libre, tiene que ser una.

Una Europa en crisis, más aún, en bancarrota, no era ni peligro ni problema. Una Europa potente y pujante sí puede serlo; puede resultar igualmente inaceptable para Rusia y para Norteamérica, aun cuando la una no lo diga y la otra lo disimule. La diferencia estaría en que a Rusia puede molestarle más la potencia militar que la económica, mientras que, por ahora, a Norteamérica le preocuparía más la segunda que la primera.

O lo es o quiere parecerlo

O Norteamérica es aliada de Rusia, o si no lo es, hace todo lo posible por parecerlo.

Se dirá que no es así, que es bien al contrario y que en todo caso se trataría del resultado de una coincidencia de intereses que las hace maniobrar en el mismo sentido. Pongamos por caso: la Junta Revolucionaria del Yemen republicano ha sido reconocida por todos los países comunistas y... Norteamérica.

Puede que sería mera coincidencia, puede que la alianza no sea tan aparente ni tan casual y que haya algo más concreto y cierto, aunque naturalmente oculto.

Como se hacía en tiempos que llaman bárbaros con inocentes e indefensas doncellas que, contra su voluntad, eran inmoladas para calmar la ira de furiosos imaginarios dioses, en nuestros tiempos y en el ara de los Soviets, por los EE. UU., fueron inmoladas Lituania, Estonia, Polonia, Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia, Hungría y Checoslovaquia, actuando como un verdadero aliado de Rusia, si bien se disfrazase la acción con la máscara del apaciguamiento.

Cierto que fue con el cómplice celestineo de una Inglaterra extra-europea, pero sin necesidad y sin beneficio, como en el caso de aquellas pobres doncellas, ocho países que formaban parte del conjunto europeo sirvieron de carnaza para calmar al imaginariamente furioso dios soviético.

Anticolonialismo o antieuropeísmo

Eran los tiempos en que decían regir el Mundo los llamados Cinco Grandes: EE. UU., Rusia, Inglaterra, China y Francia.

China, a pretexto de corrupción y de dificultades para ayudarla, pronto fue abandonada, una más, a la garra rusa.

Los cómplices de fechorías, luego estorban.

Una Europa ofendida por la injusta mutilación debería más adelante reclamar contra sus mutiladores. Era necesario someter a esa Europa, reducir esos testigos.

La economía europea era una economía complementada con las colonias. Millones de kilómetros cuadrados de países, en varios continentes, estaban económicamente vinculados a las metrópolis respectivas.

El anticolonialismo podría sanar a Europa y abrir muchas puertas cerradas.

Una vez más los intereses de Rusia y los de EE. UU. eran coincidentes. El apoyo anticolonialista a la par que debilitaba a Europa y abría nuevos mercados a la industria y la finanza yanqui, hacía surgir muchos incipientes, incapaces y desorganizados países, donde la intriga comunista hallaría terreno abonado.

Quien a hierro mata a hierro muere

Lo mismo que antaño hiciera Inglaterra para debilitar a una Espa-

ña fuerte y a la vez abrir la comunidad hispano-americana a sus mercados, ahora la poderosa Norteamérica ha hecho lo propio con Inglaterra.

Podrá argüirse que hay argumentos en contra; que a través del Plan Marshall se la ayudó ampliamente, así como a buena parte de países europeos. Así fue; se ayudó a aumentar, a renacer, la capacidad adquisitiva de una Europa en trance de desfallecimiento, para que no desapareciese ese mercado.

Primero el imperio inglés, luego el imperio holandés, y luego el francés y el belga. Últimamente le toca al portugués.

Quizá hasta ni se limitó a debilitar, sino que procuró en lo posible desprestigiar. El "frenazo" de Suez fue plenamente consciente y deliberado. Nueva aparición de la máscara del apaciguamiento, de prevención de conflictos y nueva coincidencia de intereses entre EE. UU. y Rusia, para obligar a Inglaterra y Francia a claudicar ante un comandantillo rebelde erigido en Jefe de Estado que sólo tenía un pésimo ejército corrompido y ya plenamente derrotado.

Aquellos dos "grandes" de antes, quedaban así desmantelados. Allí quedó enterrado su rango preminente. Desde el momento en que tuvieron que "obedecer" a los Estados Unidos y que cualquier jefecillo rebelde podía enfrentárseles impune, dejaron de ser primeras potencias. De resultas de ello todos los demás jefecillos de Ghanas, Guineas y Argelias se consideraron capaces de rebelarse y lo hicieron.

Si vis pacem para bellum

Puede ser bueno y conveniente que Europa tenga un ejército que sirva de advertencia a Rusia, pero las armas devastadoras y la determinación de su empleo están en manos de EE. UU.

Terrible dilema de todos los tiempos: Para poder vivir en paz hay que estar armado. Un ente débil es cual una invitación al ataque. Mientras existan otros entes poderosa-

mente armados, el que no lo esté se hallará a merced de éstos, bien sea por la amenaza de conquista, bien por el condicionamiento de la protección.

Conquista o sumisión parecen ser las únicas alternativas, ambas contrarias a la libertad; luego si se aspira a la libertad verdadera, desgraciadamente, hay que tener el respaldo de un armamento propio, idóneo, suficiente y adecuado al de los demás.

Es característica destacada de los armamentos su constante encarecimiento, el aumento en progresión geométrica de sus costos. De la lanza y la espada, al mosquete y la culebrina, de éstos a los fusiles, ametralladoras y cañones, de éstos a los tanques y bombarderos y de éstos a las bombas atómicas y proyectiles dirigidos, hay abismos de diferencia.

Desafortunadamente los armamentos que imperan, los que cuentan y dan personalidad internacional, hoy en día, son los últimos.

Su fabricación es tan costosa que sólo países muy grandes y de enormes recursos pueden producirlos. A los menos grandes y a los pequeños no les queda más posibilidad que o someterse a uno grande, o asociarse entre sí, para constituir conjuntamente otro grande.

De la existencia de la potencial amenaza rusa no hay que hacer ponderaciones; esa amenaza no pasará a ser invasión mientras existan esas llamadas armas "disuasorias"; esas armas ahora las provee Norteamérica si bien reservándose todos los derechos sobre el cómo y el cuándo de su uso.

¿Qué sucederá el día en que se discrepe de su punto de vista sobre la necesidad o innecesidad de su uso? ¿Y el día en que sin más decida llevárselas?

Si un día le pareciera que no valía la pena de arriesgarse por otro país de Europa, o si de acuerdo, público o secreto, con Rusia volviera a su aislamiento, abandonando a Europa, y ésta no tiene armas propias, quedará pronto a merced de la Rusia soviética.

Colosalismo

Nos desagrada el super-Estado europeo, pero seguramente habrá que llegar a él. Nos repugna el armamento, pero para Europa sería imprudente dejar de armarse.

Unificados en la empresa de crear ese armamento costosísimo, pero "disuasorio", para lograrlo el super-Estado europeo debería montar la super-industria capaz de producirlo.

Es el signo de nuestros tiempos y quizá una de las señales de su posible fin: el colosalismo, la macro-organización.

De aquellos saltos de langosta de los primeros aviones, a tres metros de altura y cien de longitud, desplazando el peso de solo un hombre rodeado de telas y cañas, a los aviones que a quince o veinte mil metros de altura y a velocidades de dos y tres mil kilómetros, son capaces de dar la vuelta al mundo, y, aún más, pues en definitiva son igualmente cuerpos volantes, a esos satélites de más de media tonelada de peso que han sido capaces de recorrer 250 millones de kilómetros, ¡qué abismo!

Ya el kilómetro se va quedando chico; habrá que hablar en megámetros.

De aquellas bombas de cinco a diez kilos de peso que durante la guerra del catorce arrojaban con la mano los aviadores, a las bombas hidrógenas de varios megatones, ¡qué abismo!

¡Millones de kilómetros!, ¡millones de toneladas explosivas!, estamos en la era "Mega".

Más colosalismo

Las grandes empresas productoras de aviones se hacen pequeñas e insuficientes. Los cientos de millones, los "megas", que cuesta un avión reactor moderno hacen imprescindibles las vinculaciones en super-compañías.

Las empresas de líneas aéreas habrán de unirse, en progresivo crecimiento, para poder pagar los millones, los cientos de "megas", que

les costará la renovación de sus flotas.

La publicidad cuesta millones, muchos "megas", y sólo las super-compañías pueden sostener el gasto de la super-publicidad. Las fábricas de acero, las de automóviles o de productos químicos, para atender a esa publicidad y a los valores de colosales maquinarias automáticas, se han de unir y se irán super-colosalizando sin cesar.

Cuanto más crecen más necesitan vender, más "megas" de la moneda que sea han de gastar en propaganda, y más mercados donde vender precisarán conquistar.

EE. UU. so pretexto de ayudar a liberarse del colonialismo, lo que ha hecho es ir captando muchos mercados de otros.

Las super-compañías europeas puede llegar un día en que se hayan de enfrentar con las super-compañías norteamericanas por causa de esos mercados. La lucha de mercados, como tantas otras veces, en defensa de eso que han designado con el nombre de "espacio vital", puede degenerar en lucha con las armas.

Así se vendría a dar la paradoja de que las dos cosas que más preocupan a Rusia de Europa: la unión a través del Mercado Común y el rearme europeo, podrían ser las dos bases para un conflicto que, enfrentando los dos continentes, dejase el mundo resultante a su arbitrio. A menos que el super-coloso chino no le colocara previamente en una situación similar a la imaginada entre Europa y Norteamérica.

Mundo occidental

Al parecer, en este momento, y en el terreno político, al llamado mundo occidental no se le brindan más que dos como formas de garantía: la acción pacificante de la O.N.U. y el caudillaje de los EE. UU.

Para España este año es año de renovación o de cancelación de los contratos sobre bases americanas. Política y económicamente más fuerte que en 1953, España deberá decidir cómo y a cambio de qué se

somete al caudillaje, renovando el contrato por cinco años, según la posibilidad prevista, o se libera del mismo.

Para el conjunto europeo, ante la evidencia de los hechos, habremos de afirmar que de aquellas dos soluciones, ambas, conjunta y separadamente, son bien poco esperanzadoras.

Pese a lo poco simpático que resulta, tendremos que acabar por decir que De Gaulle tiene razón.

Ilegalidad

La esperanza en la O.N.U. es desechable. Balcón de politiqueros, poco tiene en su haber y mucho en su saldo negativo.

Al ser dotada de fuerzas en lugar de componedora se ha vuelto coaccionadora.

Su acción en el Congo belga está siendo ilegal y sanguinaria. En el lenguaje democrático diríamos que es anti-constitucional. Las Naciones Unidas tienen una Constitución, que se llama la Carta. Esa carta establece de manera indudable la no ingerencia en los asuntos internos. Nada de internacional y sí sólo de interno tiene el conflicto del Congo, y sin embargo...

Se podría argüir que se hace para garantizar la seguridad personal y el orden, puesto que el Gobierno llamado central del Congo es incapaz de conseguirlo. En ese caso han de convenir en que cometieron otra infracción de la norma básica al reconocer a un Gobierno que no reunía los atributos necesarios de soberanía.

De las dos porciones en que finalmente se escindiera el Congo belga, a la que no reunía esos atributos de soberanía la reconocieron, y a la que por el contrario tenía orden, paz y buena administración se la combate y desorganiza. ¿Es esa la legalidad de las Naciones Unidas, o la simple conveniencia de alguno de sus miembros?

En la democracia presidencialista de la O.N.U. el presidente es el Secretario.

Muera la legalidad si con ello se

combaten los colonialismos de Inglaterra, Francia y Bélgica y quizá se favorezcan los de EE. UU.

Puede que el secretario, en cuya reelección estuvieron una vez más de acuerdo Rusia y EE. UU., al obrar contra los intereses europeos lo haga sin otros móviles que inconscientes reminiscencias de rencor, pues no hace quince años que Birmania era sólo una Colonia británica.

Crimen innecesario

Además de ilegal, la acción civilizante y pacificadora de las fuerzas armadas del areópago internacional, ha sido sanguinaria.

Iniciada con bombardeos de zonas meramente civiles, pronto llegaron noticias de pillajes y depredaciones, de barbaridades cometidas, cual la de ese pobre niño de meses muerto a patadas por los civilizados cascos azules.

Se dijo entonces que era un exceso debido a los etíopes, como dando a entender que eran algo salvajes. Eso no excusa, pues salvajes o no, fue un auténtico crimen.

Días después la prensa ha traído las fotos de esas dos pobres señoras belgas, desarmadas, no beligerantes, que, ante la "garantía" dada por las fuerzas pacificadoras de la O.N.U. de que podían circular libremente, salieron para ir a su casa y a poco fueron, por ellas, acribilladas a balazos. Esta vez no habían sido los salvajes etíopes, sino los civilizados hindúes del pacifista Nehru.

El oficial indio que mandaba esos civilizados hindúes, por toda explicación dijo: "Este crimen era innecesario". Absurda respuesta, pues los crímenes, por esencia, siempre son innecesarios; si era necesario no era crimen, y si no era necesario, era pura y simplemente un doble asesinato.

Los autores de todos esos crímenes son unos asesinos. Hay autores por acción y los hay por inducción. Dése por aludido quien corresponda, por muy alta que sea su posición en los organismos internacionales.

La bandera de la O.N.U. se ha cubierto de gloria en el Congo. Men-

guada esperanza la que podamos fundar en su protección.

Jefatura norteamericana

La otra alternativa a que aludíamos era la de ampararse en la tutela de Norteamérica.

De esa Norteamérica que hizo hundir a Inglaterra y Francia en Suez, a Francia en Indochina y Argelia, a Holanda en Nueva Guinea y que dejó a Portugal en la estacada en Goa, no añadiendo, de momento, en Angola y Mozambique gracias a las Azores.

De esa Norteamérica que le regatea las armas a Europa mientras que permitió tranquilamente que toda clase de espías se las proporcionaran a Rusia.

De esa Norteamérica que oficialmente se opone al comunismo y dice combatirlo, y que en cambio resulta incapaz para frenar su constante expansión en la mayoría de los países de su propio continente. Ciertamente creó la "Alianza para el Progreso", pero, por ahora, el único progreso apreciable es el del comunismo.

De la que, diremos inconscientemente, protegió, ayudó y luego aclamó, recibiendo como héroe a Fidel Castro, sin saber estimar lo que era y representaba.

De la que cuando, hasta esta Revista (1), con elemental lógica y menguada información, todos veían que los rusos acabarían instalando rampas de lanzamiento en Cuba, seguían asegurando que eso no sucedería, hasta que la evidencia de las fotografías hizo que los militares impusieran la inmediata denuncia de tan peligrosos manejos.

De la que alienta y promete apoyo a unos cuantos cubanos para que invadan la isla y luego, en bien del apaciguamiento, se abstiene de hacerlo, si bien acepta la poco digna propuesta de comprarlos pagando millones de dólares.

De la que, luego de rescatados, para animarlos les dice vagamente que algún día liberarán su país, como antaño se liberaron del pesado

yugo del monarca español, y en cambio no dice nada del aplastante yugo económico yanqui que, luego de ayudarles a liberarse del yugo español, se adueñó de más del 75 % de las fuentes honestas de riqueza, y de mayor porcentaje de las deshonestas, aportando las innumerables instalaciones de juego y montando los más oscuros cabarets por y para solaz de los norteamericanos.

Así las cosas, el nuevo año nos trae la noticia de que EE. UU. ha decidido aumentar su autoridad en la jefatura del mundo occidental. ¡Dios nos ampare!

¿Cabe optimismo?

Humanamente considerado creo que el Balance no permite demasiados optimismos.

DIVERGENCIAS COMUNISTAS A LA LUZ DEL CONFLICTO CHINO-INDIO

El conflicto chinoindio, las divergencias entre Moscú y Pekín agravadas después de la retirada de la URSS de la Cuba de Fidel Castro y la anunciada "gran reforma" económica rusa, tras de la reunión del Comité Central del Partido Comunista, son a mi juicio los hechos más destacados y de mayor proyección en el plano de la política internacional durante el año de 1962. Como estos hechos, plétóricos de significación, habrán de seguir gravitando en el nuevo año, voy a esforzarme a esbozar una interpretación coherente de los mismos como balance y perspectiva.

El hecho de que el primer ministro indio Nehru, campeón del neutralismo y figura prominente de las naciones "no alineadas" se halle trabado en las implicaciones de este conflicto, puede influir todavía en la disposición de unos 600 millones de hombres que en la conferencia de Belgrado de septiembre del 61 expresaron la voluntad común de luchar por la construcción de un futuro progresivo y pacífico, actuando conjuntamente a través de las Na-

Pero afortunadamente lo humano, no siempre rige, siquiera sea aparentemente, los destinos del mundo. Las torpezas y miserias humanas son las bases a través de las cuales actúa la divina Providencia, que consiente lo que quiere y hasta donde quiere.

En esa Europa amenazada se halla también Roma, sede de una Fe que no pelea por mercados sino que busca almas, sede de un Concilio internacional que estudia y resuelve sin necesidad de fuerzas armadas que atropellen y avasallen, y Sede, por fin, de un Caudillaje sin abandonos, en el único que cabe esperar verdadera y auténtica paz.

FERNANDO SERRANO MISAS

ciones Unidas a las que esperaban dominar.

Ahora las posiciones se han definido claramente y la pureza abstracta del neutralismo ha quedado tan comprometida que aquella cohesión de los "no alineados" se ha roto en muchísimos fragmentos. Vamos a examinar algunos episodios destacados.

China se propone conquistar la India

Un oficial indio que a primeros de noviembre conversaba en Nueva Delhi con el representante del presidente Kennedy, Averell Harriman, y con el ministro inglés, Duncan Sandys, llegados a la India en misiones extraordinarias, expresó en estos términos sus impresiones del conflicto, entonces en pleno desarrollo: "Los indios saben ya que el fin de los chinos, a la larga, es la conquista de la India. Pero primero, su principal objetivo es romper la línea Mac-Mahon que los indios heredaron de los ingleses. No se trata de una especie de línea Maginot,

(1) Véase "Cristiandad", número 350, abril 1960.

sino de toda una "marca" himalayana constituida en profundidad y apoyada sobre Estados tapones como el Nepal, el Sikkim, el Buthan. Este conjunto es lo que los chinos tratan de demoler mediante la agresión militar y el trabajo de zapa política..."

Por desgracia para los indios esta franja del Himalaya está habitada por poblaciones que no son de raza puramente india. Son amarillos, mongoloides, tibetanos, lo que permite a los chinos, aplicando su política de nacionalidades, presentarse como liberadores. Desde hacía meses agentes políticos chinos se habían infiltrado en estos territorios para realizar una intensa propaganda y habían organizado consejos políticos e incluso redes para el transporte de armas. Millares de soldados chinos penetraron secretamente y se ocultaron en las aldeas, hasta el día del gran ataque chino en que estos agentes demostraron su enorme eficacia.

Kruschef se decide por la India

Cuando llegó el ataque chino y el primer ministro indio apeló a Moscú para conocer sus intenciones, recibió de parte de Kruschef una expresión de la simpatía de la URSS hacia la India y una declaración en el sentido de que "China había suscitado deliberadamente la divergencia fronteriza". Kruschef aseguraba a Nehru que la Unión Soviética había realizado gestiones infructuosas cerca de Pekín para disuadir a China de continuar su "política de aventuras".

Pekín reaccionó inmediatamente a los ataques soviéticos, pidiendo una conferencia de todos los partidos comunistas "a fin de determinar qué es lo falso y qué es lo justo". El "Diario del Pueblo" que publicaba el 17 de diciembre esta apelación del partido comunista chino dedicaba 5.000 palabras a una verdadera requisitoria contra Kruschef acusándole de "haber violado la Carta de los partidos comunistas aprobada en Moscú en noviembre de 1960, en la que se preveían contactos bilaterales

y multilaterales para resolver los conflictos entre los *partidos fraternos*". El diario chino acusa de aventurera y de "capitulación" a la política soviética en Cuba y acusa a Kruschef de levantar al "renegado Tito".

Mao quiere separar a Kruschef de Nehru

La intransigencia de Mao ha colocado al jefe soviético ante el dilema de: o liberarse de los compromisos con la India, anulando los resultados de una política de acercamiento proseguida desde hace años, o mantener e intensificar las buenas relaciones con Nehru aún a riesgo de agrandar el abismo que separa a Rusia de la China popular. Los hindúes y los chinos asediaron al Kremlin desde los primeros momentos del conflicto para que respondiera sin ambigüedades a los problemas planteados.

Por lo que hemos expuesto anteriormente, Kruschef ha optado por desarrollar la política de buenas relaciones con la India y esto plantea ahora el problema de saber cuáles son, por su parte, los fines perseguidos por la diplomacia de Mao al provocar este conflicto. Se han formulado varias hipótesis, una de las cuales por parte de los observadores yugoslavos que, asombrados de la agresividad china, la explican mediante consideraciones marxistas. Según ellos el expansionismo chino a costa de la India obedece a las dificultades interiores del régimen, a las tensiones económicas y a las contradicciones entre el sistema burocrático y militar y una población decepcionada por el comunismo. Según esta hipótesis, el expansionismo chino es una especie de diversión destinada a dirigir la atención y las pasiones de los chinos hacia objetivos nacionalistas. Esta explicación tiene en su favor que en casi todos los países subdesarrollados existe una tendencia a buscar en la propaganda nacionalista un derivativo a la lentitud de los progresos realizados a precio de muchos esfuerzos y sacrificios. China en cier-

to modo confirma esta regla. Tampoco hay que olvidar que la rivalidad con los nacionalistas juega siempre un papel determinante en la actitud de los comunistas chinos que quieren presentarse como los más seguros e intransigentes campeones de los intereses nacionales de su país.

Es interesante señalar que los japoneses que siguen atentamente este conflicto, estiman también que se trata de "un drama más asiático que hindú, de una confrontación de dos naciones más que del preludio de una nueva expansión del comunismo". En esta perspectiva conviene señalar que los chinos nacionalistas tienen la misma actitud en cuanto al programa de las fronteras con la India y puede suponerse que un gobierno de Chan-Kai-Chek procedería de la misma manera que lo hace Mao. Podemos recordar que los chinos están interesados en la región de Ladaj desde hace muchos años y que las tropas de Pekín construyeron ya en 1955 una carretera estratégica para unir el Tibet al extremo occidental de la China. Esta carretera es de importancia esencial para las comunicaciones de China con el Tibet. Se admite, en general, que Pekín estaría dispuesto a abandonar sus reivindicaciones en otros sectores a cambio de que la India le cediera la región de Ladaj. Los chinos están hoy en mala situación para plantear títulos de legitimidad a esta demanda ante los hindúes. Su agresión brutal ha despertado un nacionalismo adormecido e incluso un campeón del pacifismo y del neutralismo como Nehru se ha puesto al frente de una campaña fervorosa para despertar el espíritu bélico de los hindúes.

Una tercera hipótesis sobre el conflicto engloba y supera las dos precedentes. Dice así: Mao se sirve del conflicto con la India para obligar a Kruschef a abandonar la política de báscula que lleva hasta ahora en Asia y decidirle a tomar una posición favorable a China en este problema fronterizo. Desde hacía tiempo se venía observando que los chinos se irritaban por el tratamiento

de favor que los rusos reservaban a los hindúes. En efecto, antes del comienzo de las polémicas chino-soviéticas, la URSS manifestaba un interés particular en sus relaciones con la India. Los créditos otorgados a este país eran más cuantiosos que los concedidos a la China comunista. Por último, el compromiso soviético de suministrar a la India aviones de bombardeo (los mismos que el Kremlin negó a China), ha llevado al extremo la indignación de los dirigentes chinos, que ven en esta preferencia una prueba del desdén de Moscú hacia la solidaridad comunista y los intereses específicos de China.

La polémica se agravó al tenerse en China el conocimiento de que la URSS suministraba aviones del tipo "mig" a la India. China lanzó entonces una nueva ofensiva de propaganda contra Kruschef e inspiró a un periódico de Tirana un artículo violento que denunciaba como "traición a la causa marxista", el silencio observado por "algunos" ante la agresividad hindú contra China. Poco después, vinieron los incidentes de Cuba y la prensa de Pekín los aprovechó para presentar a Nehru, ante la opinión progresista del mundo, como un lacayo del imperialismo y acusar a Kruschef de haber capitulado ante él. El periódico chino "Diario del Pueblo", escribía el 15 de noviembre: "Los marxistas-leninistas tienen que hacer una distinción entre el nacionalismo progresista y anti-imperialista y el nacionalismo reaccionario, aliado del imperialismo... Los que, en lugar de llevar a cabo la indispensable lucha contra el nacionalismo reaccionario, le testimonian simpatía, apoyan sus acciones y se convierten en sus acólitos, actúan contra el internacionalismo proletario". Pekín considera al partido de Nehru como "nacionalista-reaccionario". Por eso piden a los soviéticos que elijan. Para apoyar su demanda intentaron explotar contra Kruschef el asunto cubano, animando a Fidel Castro a oponerse al compromiso soviético-

norteamericano y denunciando las concesiones de Kruschef como "nuevo Munich", "cobardía" y "traición a la causa revolucionaria".

La Unión Soviética reaccionó con cierta vacilación a esta campaña china. No obstante, el presidente Brejnev manifestó en una reunión en Kaul, al recibir la visita del nuevo embajador de la India, que Rusia no estaba dispuesta a sacrificar la amistad con la India (dictada por la razón de Estado) en el altar de una solidaridad ideológica que se tambalea poco a poco.

Las palabras citadas de Brejnev nos llevan por último al conflicto ideológico fundamental entre el comunismo soviético y la interpretación del marxismo leninismo hecha por Mao Tse Tung. En octubre de 1938 invitaba éste, en un informe ante el Comité central del partido comunista chino, a la cooperación pacífica con los no comunistas y hablaba de la adaptación del marxismo-leninismo a las circunstancias y peculiaridades del pueblo chino, sin atenerse a "tópicos inflexibles". Veíase ya aquí una preferencia clara al nacionalismo sobre el internacionalismo marxista. Esta valoración de las especiales condiciones económicas, culturales y políticas de China, ha sido desde entonces un tema favorito de los discursos y artículos teóricos de Mao. Por este camino llegó hasta reclamar la autonomía del comunismo chino dentro del comunismo internacional, que se afianza en los años de 1953-54. En 1955 empieza el desarrollo pleno de la colectivización agraria. Entonces estableció el principio básico de su disidencia con la metáfora poética: "florezcan cien flores que compartan entre sí cien pareceres". Pedía que los sectores de la población que no compartieran las ideas comunistas fueran tratados "según el método de la discusión, la crítica y la persuasión", ya que en la lucha ideológica "no pueden emplearse burdos métodos opresivos, sino sólo la paciente aclaración de la verdad". Esta idea sobre la coexistencia de

partidos comunistas autónomos, supone una desviación patente de la teoría y las prácticas soviéticas. En lugar del mando universal por parte del partido comunista ruso, establece el principio del "control mutuo" de los diferentes partidos, lo que significa que "el partido comunista puede controlar a los otros partidos democráticos y a su vez que éstos pueden controlar al partido comunista, porque "para un partido, tanto como una persona particular, es muy necesario atender a los que piensan de otra manera".

Empezó entonces el experimento de implantación general de las comunas o comunidades agrarias de tipo tradicional. Esta nueva unidad de colectivización comunista intenta superar a los koljoses y sovjoses de tipo ruso. Emplea con disciplina militar a hombres y mujeres para acelerar la producción, creando complejos agrícolas, industriales, militares y culturales, con el propósito de sustituir el papel del Estado que en adelante se reducirá exclusivamente a la lucha contra la agresión de un enemigo exterior para intentar, sin él, llegar a la era socialista en la que, en vez de fundarse la sociedad en el principio de "cada uno según sus posibilidades, o según su trabajo", se funde en este otro principio, "cada uno según sus necesidades". Incluso esta utopía que guía los pasos del comunismo internacional, se presenta para el teórico comunista Mao según las realidades sociales y políticas de su propia patria, con lo que su comunismo no viene a ser a la postre más que una nueva manifestación del nacionalismo chino. Si ahora pensamos que este mismo esquema domina también el pensamiento de Kruschef llegaremos a la conclusión de que las llamadas divergencias ideológicas se reducen a la postre a los viejos y desacreditados antagonismos nacionalistas. El conflicto chino-indio ha puesto bien de relieve esta comprobación.

JESÚS SÁINZ MAZPULE

LAS DONACIONES DE CRISTO

(Glosa a la *Haurietis Aquas*)

Amar es querer bien; y querer bien es hacer bien a la persona a quien amamos; pero hacerle bien con nuestros propios bienes; y después de darle o comunicarle lo que tenemos, darle o comunicarle lo que somos.— En una palabra: amar es dar y es darse. — Y si el que da y se da es Jesucristo; y los dones son preciosísimos; y la donación de Sí mismo es plenísima y maravillosa; y todo esto es en favor de pobres criaturas, los hombres, tantas veces pecadores, tantas veces desagradecidos; ¡qué testimonios, qué manifestaciones, qué pruebas irrefragables son éstas del amor de su Corazón!

Ante estas soberanas realidades, exclama Pío XII:

“¿Quién podrá describir dignamente los latidos del Corazón Divino, índices de su infinito amor, en que dio a los hombres sus más preciados dones, y se dio a Sí mismo?”

Estas donaciones, por orden de tiempo, son: 1.º, en la Última Cena, la institución de la Santísima Eucaristía, y del Sacerdocio; 2.º, mientras pendía en la Cruz, la entrega de su Madre; 3.º, al morir, la oblación, inmolación y donación de Sí mismo; 4.º, después de muerto, la donación de la Iglesia con los Sacramentos. — Expongamos, siguiendo al Papa, estas maravillas del amor de Cristo.

1.º La Eucaristía

“Aún antes de celebrar la Última Cena con sus discípulos, al pensar que iba a instituir el Misterio de su Cuerpo y de su Sangre, con cuya efusión se había de confirmar la Nueva Alianza, sintió su Corazón agitado de intensa emoción, que manifestó a sus Apóstoles con estas palabras: ‘Ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros, antes de mi Pasión’ (Lc., 23, 15). Conmoción que, sin duda, fue más vehemente cuando ‘tomó el pan, dio gracias, lo partió, y lo dio a ellos diciendo: Este es mi Cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mía’. ‘Del mismo modo tomó el cáliz, después que hubo cenado, diciendo: Este cáliz es la Nueva Alianza en mi Sangre, que se derramará por vosotros (Lc., 22, 19, 20).”

Al instituir la Eucaristía, se nos dio Cristo en un triple Misterio de amor: el de la Presencia Eucarística, el del Sacrificio Eucarístico, y el del Sacramento Eucarístico; — y para que esta perfecta donación de Sí mismo fuese perpetua, instituyó Jesús, también en la Última Cena, el Sacerdocio cristiano. Estos dones son, sin duda, nos dice el Papa, “dones del Corazón de Jesús”; y en realidad lo son, porque son inefables dones de su amor. — Veámoslo.

a) *El Misterio de la Presencia Eucarística.* — Es señal evidente y preciosa de amor querer estar presente el que ama con las personas a las que ama, vivir en su compañía, no separarse de ellas. Y ya que Jesús se había de ir al cielo en su Ascensión, encontró su infinito amor un medio maravilloso de que, al irse, también se quedase con nosotros. Se hizo presente, y se quedó presente con sus hermanos los hombres, bajo los velos Eucarísticos; y así ser el Divino Compañero de nuestra peregrinación; ni sólo Compañero, sino también Guía, Maestro, Médico, Consolador nuestro; en fin, para hacer con nosotros los mismos oficios que había ejercitado tan admirable y amorosamente en su vida terrestre. La tierra está siempre iluminada por el Sol de la Presencia

de Jesús en la Eucaristía. No estamos solos; no quedamos indefensos; está con nosotros el que lo llena todo, el que es todas las cosas, todos los bienes.

b) *El Misterio del Sacrificio Eucarístico.* — Cristo satisfizo plenísimamente por todos los pecados de todos los hombres con el sacrificio de su vida, sacrificio de obediencia amorosísima, consumado en la Cruz; y por el mismo sacrificio suyo nos mereció todos los bienes inmensos de la vida de la Gracia y de la vida de la Gloria; y en los tesoros del amor de su Corazón encontró una inefable manera de aplicarnos a cada uno de nosotros, individualmente, y con grandísimo amor, aquellas sus santísimas satisfacciones y aquellos sus santísimos merecimientos; y para este fin instituyó el Santo Sacrificio del Altar, la Santa Misa, que es renovación incruenta, pero realísima, del Sacrificio mismo de la Cruz. Todo lo que en la Cruz satisfizo y mereció Cristo, nos lo aplica y comunica en el Sacrificio del Altar; y por eso dice la Iglesia (en la oración de la Dominica IX después de Pentecostés) que “cuantas veces se celebra la viva conmemoración de esta Hostia o Víctima Divina, que es la Misa, otras tantas se realiza la obra de nuestra Redención”, pues por la Misa recibimos los frutos de la Redención misma de Cristo. Bien pudo decir S. Juan Crisóstomo que “mientras estamos en esta vida, el Sacrificio del Altar transforma la tierra en cielo”. Y S. Agustín, remontando el vuelo a gran altura, como suele, nos dice, sin vacilar: “Me atrevo a decir que el Señor, con ser omnipotente, no nos ha podido dar más; siendo sapientísimo, no ha sabido darnos más; y aunque infinitamente rico, no ha tenido más para darnos”. Es que se nos da Cristo en este Sacrificio; y Cristo lo es todo.

c) *El Misterio del Sacramento Eucarístico.* — Es propiísimo de quien ama entrañablemente, querer unirse de la manera más íntima con la persona a la que ama; y por eso Jesucristo quiso unirse con nosotros en el Sacramento de la Comunión, el cual se llama así porque

en verdad por este Sacramento no sólo nos comunica Cristo los bienes de su gracia, sino que, como Autor de la gracia, viene a nosotros, entra en nuestro pecho, y se une con cada uno de nosotros con una unión tan efectiva y maravillosa que es para transformarnos bajo especies de pan y de vino, para que nuestra participación de la Víctima inmolada fuese un convite espiritual de unión y transformación nuestra en el mismo Señor. — Hermosamente lo expone Fr. Luis de Granada en la primera parte de su admirable Libro de la Oración y Meditación (el lunes por la mañana): “Para esto ordenó Cristo este Divino Sacramento, para que por medio de él fuesen las almas unidas e incorporadas espiritualmente con Cristo, y con tan fuerte vínculo de amor, que de entrambos se haga una misma cosa. Porque así como del manjar y del que lo come se hace una misma cosa, así también, en su manera, se hace de nuestra alma y de Cristo; sino que como Él mismo dijo a S. Agustín, no se muda Él en las almas, sino las almas en Él; no por naturaleza, sino por amor y semejanza de vida”. — Y algo más adelante prosigue el mismo doctísimo y elocuente autor: “Este divino manjar obra en quien dignamente lo recibe, lo que en él se obra y se representa cuando se consagra; que así como por virtud de las palabras de la Consagración, lo que era pan se convierte en sustancia de Cristo, así por virtud de la Sagrada Comunión, el que era hombre se viene por maravillosa manera a

transformar espiritualmente en Dios; de manera que como aquel Sagrado Pan una cosa es, y otra parece; y una cosa era antes de la Consagración, y otra después; así el que come de él, una cosa es antes de la Comunión, y otra después; y una cosa parece en lo de fuera, mas otra muy más alta y excelente es en lo de dentro; pues el ser tiene de hombre, y el espíritu tiene de Dios”.

d) *El Sacerdocio Católico.* — Estas maravillas quiso Cristo que se perpetuasen para siempre; y a este fin, en la Última Cena, confirió a los Apóstoles sus divinos poderes para que ellos hiciesen lo mismo que Él había hecho ante ellos; y con facultad de que ellos trasmitiesen estos mismos poderes a otros hombres, y éstos a otros, hasta la consumación de la vida humana en la tierra. — ¡Gran donación del amor de Cristo ésta del Sacerdocio! Siendo como Él es, único verdadero Sacerdote, Sumo y Eterno Sacerdote, quiso que hubiese hombres, predilectos suyos, que fuesen dichosamente partícipes de su mismo Sacerdocio, y por ellos obrase Él lo que Él mismo había obrado en la última Cena. De este modo, por los Sacerdotes, Ministros de Cristo, se perpetúa siempre la Presencia, el Sacrificio y el Sacramento Eucarístico. No es, pues, de extrañar que los Santos Padres y los Autores espirituales ensalcen el Sacerdocio Católico hasta confesar que no tienen palabras para cantar tanta grandeza de amor del Corazón del Divino Redentor.

2.º La Santísima Virgen María

Con toda idea, cuando el Papa nos expuso las manifestaciones del amor de Cristo en su agonía, no hizo mención de la tercera Palabra, pues reservaba el gran misterio que contiene para este lugar, que es su propio lugar.

Nos dice Pío XII: “Don asimismo preciosísimo del mismo Sacratísimo Corazón es, como indicábamos, la Santísima Virgen, Madre excelsa de Dios, y Madre amantísima de todos nosotros.

Era justo que el género humano tuviese como Madre espiritual a la que fue Madre natural de Nuestro Redentor, asociada a Él en la obra de regeneración de los hijos de Eva a la vida de la gracia. A propósito de lo cual, escribe de Ella San Agustín: “Evidentemente es Madre de los miembros del Salvador, que somos nosotros, porque con su caridad cooperó a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza (De sancta virginitate, VI)”.

Es la Virgen María Madre nuestra no en un modo figurativo y externo, sino en una manera realísima e íntima. Pues así como dispuso la Divina Providencia que cada uno de nosotros recibiese la vida natural, humana, de su padre, por medio de su madre; y para esto ordenó sabia y amorosamente el Matrimonio, a fin de que, unidas las almas del varón y la mujer en un mismo amor, y hechos, como efecto de ese amor de sus almas, una misma carne, para dar vida a los que habían de ser hi-

jos de Dios; así dispuso con una ordenación todavía más admirable que, unidos en un mismo amor de caridad los Corazones Santísimos de Jesús y de su Madre, esta unión de amor nos reengendrarse, nos diese la vida sobrenatural de la Gracia. Es, pues, María con toda propiedad Madre nuestra en la vida de la Gracia, para la vida eterna de la Gloria. — Oigamos al Evangelista S. Juan: “Viendo Jesús al pie de la Cruz a su Madre, y al discípulo amado (S. Juan), dice primero a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo; después dice al discípulo: he ahí a tu madre” (Io., 19, 26, 27).

Misterio de amor, síntesis y manifestación de los grandes misterios de amor de Cristo para nuestra verdadera vida. La palabra de Jesús, dicha a su Madre como en último testamento, fue dárnosla a los hombres como le fue dada a Él; es decir, como Madre. — Con toda razón, el gran Doctor de los misterios de la Encarnación y Redención, S. Cirilo Alejandrino, pudo invocar, en una homilía, a la Santísima Virgen: “Salve, Madre de Dios, María, de quien proviene el bautismo a los que creen” (Hom., 4). Es que, en realidad, de Ella, de su amor de caridad, que unió su Purísimo Corazón con el de su Hijo, nos proviene lo que llamamos gracia santificante, la que de nuevo nos engendra y nos hace hijos adoptivos de Dios, con adopción perfecta, partícipes de su divina naturaleza y de su vida Trinitaria.

3.º Donación de Cristo, don de Sí mismo, en la Cruz

Grandes fueron las manifestaciones del amor de Cristo, con sus padecimientos y sus palabras, en su Pasión, Agonía y Muerte, como vimos en el artículo anterior; pero todavía fue más muestra de amor habérsenos dado Él mismo, como oblación y Víctima, en perfecto holocausto, al morir en la Cruz.

Nos lo dice Pío XII con palabras insustituibles. — Helas aquí:

“Al don incruento de Sí mismo, bajo las especies de pan y vino, quiso Jesucristo, Nuestro Salvador, unir, como testimonio de su caridad íntima e infinita, el sacrificio cruento de la Cruz. — Haciendo esto, dio ejemplo de aquella sublime caridad que había mostrado a sus discípulos como meta suprema de amor, con estas palabras: ‘Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos’ (Io., 15, 13). Por lo cual el amor del Hijo de Dios revela en el sacrificio del Gólgota, del modo más elocuente, el amor del mismo Dios: ‘En esto hemos conocido la caridad de Dios: en que dio su vida por nosotros; y así nosotros debemos dar la vida por

nuestros hermanos’ (1 Io., 3, 16). — Ciertamente, el Divino Redentor fue crucificado más por la fuerza del amor que por la violencia de los verdugos; y su holocausto voluntario es don supremo hecho a cada uno de los hombres, según la incisiva frase del Apóstol: ‘Me amó, y se entregó a Sí mismo por mí’ (Gal., 2, 20).”

¿Qué se puede añadir a estas consideraciones, tan llenas de sentido, tan encendidas en afecto? — Tan sólo, en medio de un profundo silencio del alma, entrar cada uno de nosotros dentro de sí mismo, y hacer lo que nos propone S. Ignacio en el último punto de las Contemplaciones de la Sagrada Pasión: “Considerar cómo todo esto padece (Cristo) por mis pecados, etc.; y qué debo yo hacer y padecer por Él” (197). — Es lo que también nos dice San Pablo: “El amor de Cristo nos apremia, al pensar esto: que uno murió por todos. — Sí, por todos murió (Cristo), para que los que viven, no vivan ya para sí mismos, sino para Aquel que por ellos murió, y resucitó” (2 Cor., 5, 15).

4.º La Santa Iglesia y los Sacramentos

Si todos estos dones con los cuales Cristo nos dio sus más preciosos bienes, y se nos dio a Sí mismo, procedieron del amor inmenso que nos tuvo, y por lo mismo bien podemos decir que son dones del Corazón de Jesús, hay todavía un excelso don que, a la letra, con la más verdadera propiedad, nos viene del Corazón de Cristo; es la Santa Iglesia, como canta la Sagrada Liturgia: “Del Corazón abierto nace la Iglesia, desposada con Cristo” (Hymn. ad Vesp. in fest. SS.Cord.Iesu). — Ya lo habían advertido y lo habían explicado admirablemente los Padres de la Iglesia, singularmente S. Juan Crisóstomo y S. Agustín; los cuales juntamente nos hacen ver lo que aquí nos dice el Papa en su Encíclica: que al nacer del Corazón abierto la Iglesia, nació desposada con Cristo, y para ser administradora de la Sangre de Redención: “No cabe dudar de que el Sagrado Corazón de Jesús, tan íntimo partícipe de la vida del Verbo Encarnado, y por lo mismo asumido como instrumento conjunto de la Divinidad, no menos que los demás miembros de su naturaleza humana, en la realización de las obras de la gracia y de la omnipotencia divina; es también símbolo legítimo de aquella inmensa caridad, que movió a Nuestro Salvador a celebrar, con el derramamiento de su Sangre, su místico matrimonio con la Iglesia: ‘Sufrió la Pasión por amor a la Iglesia, que había de unir a Sí como Esposa’ (Sto. Tomás, Summ. Th., Suppl., q. 42, a. 1 ad 3)”.

Y esto fue en el mismo momento en que nació la Iglesia Santa; nació del Corazón abierto. Y la Esposa suya nos la dio a nosotros por Madre y Maestra, depositaria y repartidora de la revelación divina y de los bienes todos de la Redención.

Por lo mismo, con la Iglesia brotaron del Corazón de Cristo los Sacramentos, como también lo enseñan los

Santos Padres con luminosa exposición y con sentimientos de agradecidísimo afecto. “Del mismo (Corazón herido del Redentor) fluye abundantemente la gracia de los Sacramentos, en la cual los hijos de la Iglesia beben la vida sobrenatural, como leemos en la Sagrada Liturgia: ‘Tú, que del Corazón haces manar la gracia’ (Final de los Himnos en la Fiesta del S. Corazón)”.

Confirma todo esto el Papa con las enseñanzas del Doctor Angélico, que, haciéndose eco de los antiguos Padres y Escritores Eclesiásticos, a los cuales no fue desconocido este símbolo del Corazón de Cristo, como arcana Fuente de los Sacramentos, escribe así: “Del Costado de Cristo brotó agua para lavar, y sangre para redimir. Por eso la sangre es propia del Sacramento de la Eucaristía; el agua, del Sacramento del Bautismo, el cual, sin embargo, tiene fuerza para lavar, en virtud de la Sangre de Cristo” (Summ. Th. III, q. 66, a. 3, ad 3).

El Doctor Angélico habla del Costado abierto de Cristo; pero el Papa advierte muy atinadamente: “Lo que aquí se afirma del Costado de Cristo, herido y abierto por el soldado, hay que aplicarlo a su Corazón, al cual, sin duda, llegó el golpe de la lanza, asestado precisamente por el soldado para que constase de manera cierta la muerte de Jesucristo”. — ¡Preciosa y oportunísima observación ésta de Pío XII, con la cual sale al paso, de la manera más categórica, a ciertas sutilezas y vacilaciones de algunos; y nos dice que no sólo el Costado fue herido y abierto, sino también, y principalmente, el Corazón. — Y para confirmarlo, añade: “Por esto, durante el curso de los siglos, la herida del Corazón Sacratísimo de Jesús, muerto ya a esta vida mortal, ha sido la imagen viva de aquel amor espontáneo con que Dios entregó a su Unigénito por la Redención de los hombres, y con el cual Cristo nos amó a todos tan ardientemente,

que se inmoló a Sí mismo, como Hostia cruenta, en el Calvario: 'Cristo nos amó, y se ofreció a Sí mismo a Dios, en oblación y hostia de olor suavísimo' (Eph., 5, 2)".

Después de todo esto no nos hemos de admirar de la insistencia con que San Pablo nos dice y nos explica cuán sumamente ricos en toda gracia y bendición espiritual hemos quedado por Cristo, y en Cristo; como

tampoco nos hemos de admirar de que tanto en las revelaciones de Paray le Monial, como en los documentos Pontificios, y en los textos litúrgicos, se nos hable tantas veces, y con tan magníficas expresiones, acerca de los tesoros, de las riquezas, de los bienes de que es arca sagrada el Corazón de Cristo; y todo para nosotros. Es que nos lo dio todo, y se nos dio Él a Sí mismo.

ROBERTO CAYUELA, S. I.

EL «COMPLEJO CONSTANTINIANO»

De tal ha sido calificada por algunos la posición católica en lo que se refiere a las relaciones de la Iglesia y del Estado.

Pero el fundamento de tal expresión es tan inconsistente como la postura doctrinal de los que quieren ponerla en circulación.

El complejo, por definición, es "un conjunto de representaciones en lo subconsciente y unidas en una totalidad emocional específica que perturba la vida psíquica normal". No es un postulado de la razón, ni menos una enseñanza de la Fe. Es un estado morbozo cuyo estudio pertenece no a la Teología, sino a la Medicina, o si se prefiere a la Psicología de las anormalidades. La posición doctrinal católica en esta materia estriba en la Sagrada Escritura, en los Santos Padres; fue elaborada por los grandes escolásticos, ha sido enseñada con toda claridad por los Sumos Pontífices modernos, en la medida y con la persistencia requerida por las negaciones de sus adversarios y tiene en su respaldo la misma conducta de la Iglesia en sus relaciones con los poderes temporales a lo largo de toda su Historia.

Tampoco puede llamarse "constantiniano". No negamos a Constantino la gloria de haber reconocido la libertad de la Iglesia católica. Pero es que la Iglesia aspira a más y quiere, según expresión literal de León XIII "el favor de las leyes y la protección de los poderes públicos". Y no fue Constantino, sino Teodosio, sucesor suyo y español por más señas, el que se la concedió. Teodosio fue quien el 27 de febrero de 380, de acuerdo con el Papa San Dámaso decreta "que es su voluntad que todos los pueblos sometidos a su cetro abracen la Fe que la Iglesia Romana había recibido de San Pedro, declarando a las sectas heterodoxas fuera de ley". Teodosio fue quien instauró la unidad católica en el imperio, quien legisló católicamente con su famoso código y quien dio todo favor al Concilio de Constantinopla, II de los Ecuménicos, en que se fulminaron los anatemas contra Macedonio. Al entrar vencedor en Roma, mandó retirar del Senado la estatua de la diosa Victoria, último símbolo de la permanencia oficial del paganismo hasta entonces.

En los Pactos de Letrán hay una cláusula que entró en vigor el pasado mes de octubre. Está contenida en el artículo 21 del tratado que Italia y la Santa Sede firmaron el 11 de febrero de 1929. Se refiere a los "Con-

cilios presididos por el Sumo Pontífice o sus Legados", y establece, para "los Obispos llamados a participar en ellos", las mismas normas de Derecho internacional que Italia está comprometida a observar con los Cardenales cuando éstos tienen que venir obligatoriamente a Roma para asistir a un Conclave. Así, pues, en virtud de los pactos lateranenses el Estado italiano "cuida de un modo especial que no se obstaculice el libre tránsito y acceso al Vaticano a través del territorio italiano y que no se ponga impedimento o limitación a la libertad personal de los mismos. Cuida además Italia que en su territorio, por los alrededores de la Ciudad del Vaticano, no se cometan actos que de cualquier modo puedan turbar las reuniones del Concilio". El Presidente del Consejo de Ministros, Fanfani, declaró ante el Parlamento nacional, la firme decisión que el Gobierno tiene de observar escrupulosamente estas normas concordatarias, "haciendo cuanto esté de su parte para que la histórica asamblea tenga en la Ciudad Eterna la mejor acogida".

Cualquier hijo de la Iglesia que conozca un poco la postura hostil y agresiva tomada por el Gobierno italiano cuando el I Concilio Vaticano, habrá de dar gracias a Dios de que los tiempos hayan cambiado y de que el actual Gobierno italiano se mantenga dentro de las normas que corresponden a un Estado católico.

Por lo que a España se refiere esta doctrina ha sido recordada recientemente por dos Príncipes de la Iglesia, calificados por su autoridad doctrinal, uno por el cargo que ocupa y otro por el especial conocimiento que tiene de nuestra situación: nos referimos a los Cardenales Ottaviani y Antoniutti y a sus notables discursos dirigidos a los españoles.

Pero la actitud de los adversarios es siempre la misma: mientras la Iglesia no habla, escriben y discuten prescindiendo de su autoridad u olvidando su doctrina perenne. Cuando la Iglesia interviene, no se dan por enterados y dejan que su voz se pierda en el desierto.

Tratándose de católicos, ¿qué motivos tienen para poder reaccionar así? Ciertamente que no son razones filosóficas, como ni tampoco enseñanzas teológicas. Son razones que la razón no conoce, son las raíces oscuras de unos sentimientos que protestan. Pero aquí ya entramos en un terreno pantanoso y en una atmósfera caliginosa. Nos hallamos frente al complejo auténtico. Aunque tampoco ahora podamos llamarlo constantiniano.

F. S., S. I.